JAVIER BUENO

¡ALEGRATE, PAPAITO!...

(DIE SPANISCHE FLIEGE)

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

FRANZ ARNOLD y ERNESTO BACH

TRADUCIDA DEL ALEMÁN AL CASTELLLANO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

¡ALÉGRATE, PAPAITO!

¡ALÉGRATE, PAPAÍTO!...

(DIE SPANISCHE FLIEGE)

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

FRANZ ARNOLD y ERNESTO BACH

traducida del alemán al castellano por

JAVIER BUENO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 14 de Marzo de 1917

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

PERSONAJES

DON LUCIO PEJOLS, catalán, fabricante de conservas, 60 años.
DOÑA VIRTUDES, su esposa, 55 íd.
PAULITA, su hija, 22 íd.
DON EDUARDO CABELLO, diputado, hermano de D.ª Virtudes, 62 íd.
PETRITA, hija de éste, 20 íd.
DON ROGELIO MOYANO, cuñado de Cabello, 45 íd.
DON RAFAEL TELECHEA, abogado, 30 íd.
DON ANTÓN SAENZ, hombre tímido, 50 íd.
DON JESÚS CEBARRÓN, 58 íd.
DOÑA MATILDE, su mujer, 53 íd.
INOCENCIO, su hijo, 23 íd.
MARÍA, ama de llaves de doña Virtudes, 45 íd.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

PAULITA y MARIA

La escena aparece al levantarse el telón sin los personajes, y así permanece unos momentos

Paul. (Asoma la cabeza con cuidado por la puerta derecha, luego va a la del centro y llama.) ¡María!

María. (Entrando por la puerta del centro.) Mande usted, señorita.

Paul. ¿Sabes dónde está mamá?

María Creo que está en el despacho del señor. ¿Quiere la señorita que la llame?

Paul. No, no; déjela.

María (Vase por la puerta del centro.)

Paul. (Cierra cuidadosamente la puerta y corre al teléfono. Da vueltas a la manivela y algunas pataditas en el suelo. Impacientándose.) ¡Qué demonios de telefonistas! ¡Yo no sé qué tendrán que hacer las señoritas; pero si yo fuera gobierno, las dejaba a todas cesantes! (Más vueltas a la manivela) Nada, estarán escribiendo al novio. ¡Las señoritas del teléfono no deberían de tener novio! (Suena el timbre de respuesta.) Vamos. Central. ¿Quiere usted ponerme con el número mil trescientos veintiséis? Sí, con el mil trescientos veintiséis. ¡Hace dos horas que estoy llamando! (Silabeando mucho.) Vein-ti-séis. Sí, señorita, sí; veintiséis. (Una pausa durante la cual Paulita da muestras de impaciencia.)

¿Es el señor Telechea? Buenos días, don Rafael. (Pausa corta.) ¿Me conoce usted? (Pausa corta.) La misma. (Pausa corta.) Gracias, ¿y usted? (Pausa corta.) ¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Quiere usted ser mi confidente en todo? Imposible... ¡No, de ningún modo!... ¿Cree usted que porque tuvo la frescura...? ¿Cómo? ¿Que yo le dí un beso? ¡Me voy a enfadar con usted!... ¡No, no; estoy muy enfadada!... (Tiernamente.) Yo también a usted, Rafael... (Pausa más larga.) Sí, bueno; entonces a las tres, esta tarde, detrás del pabellón de la música... ¡Ah, no! Eso ya se acabó y me ha de prometer que será formal... ¿Cómo?... En ese caso no vaya usted... ¡Cállese usted! ¡No le da vergüenza! No, no: tengo que marcharme no sea que venga mamá.

ESCENA II

PAULITA, DOÑA VIRTUDES y MARIA luego

Virt. (Llega por la puerta de la izquierda en el momento en que su hija dice: «detrás del pabellón de la música» y escucha con sorpresa creciente.) ¿Con quién hablabas?

Paul. (Muy asustada y tartamudeando.) Con... con... con la prima Petrita.

Virt. Y ¿a tu prima hablas de usted?

Paul. Es... es... es que nos enfadamos ayer, y... (Vuelve a hablar por teléfono.) Sí, sí, Petrita, está bien... No, no puedo. No comprendes, Petrita? (Recalca las últimas palabras.)

María (Apareciendo por la puerta del centro y anunciando.) La señorita Petra.

Virt. (Cogiendo el auricular de la mano de su hija y poniéndose a hablar.)

Paul. (Muy asustada.) ¡Ay, Dios mío!

ESCENA III

LAS MISMAS y PETRITA, que entra por el centro

Pet. (Se queda muy extrañada de la escena que sorprende.)

Virt. (Habla por teléfono, fingiendo la voz de su hija.) Sí, sí, aquí estoy todavía... ¿Cómo? ¿A las tres?

Detrás del pabellón de la música. (Lanzando una mirada furiosa a su hija.) Sí, sí, iré. ¿Qué dice usted? ¡Un beso! (Indignada y con su voz natural.) Caballero, ¿qué se permite usted? Mi marido le dará la respuesta que merece. (Colgando el auricular.) ¡Qué atrevimiento! ¡Vaya una frescura! (A Paulita.) ¿Quién es ese caballero?

Paul. (Asustada.) ¡Mamá!

Virt. ¡Necesito saberlo ahora mismo!...

Paul. Don Rafael Telechea, abogado.

Virt. ¿Cómo? ¿Un señor a quien tú conoces y tu padre y yo no? ¿Y así hablas tú con los caballeros? (A Petra.) ¿Qué te parece, Petrita?

Pet. (Con tono de reproche.) Pero, ¡Paulita!... No ves que eso no está bien...

Virt. ¡Es el colmo, el colmo, el colmo! Lo sabrá tu padre y él te enseñará más decencia. (Se va por la izquierda.)

ESCENA IV

PAULITA y PETRITA

Pet. (Riendo.) Ja, ja, ja...

Paul. ¿Qué te hace tanta gracia? ¡Pareces tonta! Será por lo oportuna que has sido. Tú tienes la culpa de todo.

Pet. ¡¡Yo!!

Paul. Sí, tú, y nada más que tú, que se te ocurre venir cuando yo estaba telefoneando contigo.

Pet. Hija, haberme avisado. Pero yo no sé por qué te apuras tanto; yo en tu lugar estaría ya preparando el vestido de novia. Después de la conversacion con tu madre, ese señor dará a planchar su chistera, se pondrá la levita y visitará a tu padre, mi señor tío, para decirle: «Señor Pejols, vengo a pedirle la mano de su hija.

Paul. (Muy contenta y cogiendo las manos a Petrita.) ¿Crees tú eso de veras, Petrita?

(Se oye el timbre de la puerta.)

Pet. Ya lo ves; ahí lo tienes.

Paul. (Corre a la puerta del centro.) ¡Oh, mi querido Rafael!...

ESCENA V

LAS MISMAS y DON EDUARDO CABELLO. Luego DOÑA VIRTUDES

Eduar. (Señor vestido con elegancia exagerada. Entra por el centro.)

Paul. Me equivoqué; es mi padre.

Eduar. En efecto, y por lo visto esperabáis a otro que se llama Rafael. ¿Quién es ese Rafael?

Paul. Nadie, tío, nadie.

Eduar. ¿Como nadie? ¿Quién es Rafael?

Pet. Pero, ¿no conoces a Rafael? ¡Rafael!

Eduar. ¿Rafael? No, no sé.

Pet. Es el portero de la casa...

Eduar. ¡Ah! Y al portero le dice tu prima con tanta ternura (Imitando a Paulita.) ¡mi querido Rafael! Vosotras créeis que se me engaña fácilmente.

Pet. ¡Pero papá!

Paul. ¡Pero tío!

Eduar. Nada, nada, dejemos esto; tu madre me dirá quién es ese don Rafael, o Rafael a secas, o mi querido Rafael como tú le llamas.

Virt. (Entra por la izquierda.)

Eduar. Aquí viene muy oportuna. (A doña Virtudes.) ¡Hola, buenos días!

Virt. A punto llegas. (A Paulita.) ¡A tu cuarto!

Eduar. Un momento. Al entrar fuí recibido por tu hija con estas palabras: ¡Mi querido Rafael! ¿Quieres decirme quién es ese Rafael?

Virt. Precisamente; quiero hablarte de eso.

Eduar. Entonces... (A Petrita, indicándole la puerta por donde ha intentado marcharse Paulita.) ¡Petrita!

Virt. (Haciendo el mismo ademán.) ¡Paula!

Pet. (A Paulita, que parece indecisa.) Ven, chica; ya pasará la tormenta.

(Salen las dos por la izquierda.)

Virt. Me encuentras en un estado que, si me acercan una cerilla, ardo. Después de lo que hemos cuidado para que la niña fuera una señorita, modelo de hijas cristianas y virtuosas, el desengaño ha sido terrible. Pague usted profesor de dibujo, profesora de piano, mises para las lenguas, y vea usted el resultado...

Eduar. Pero, ¿qué pasa? Explícate...

Virt. ¿Conoces tú a don Rafael Telechea?

Eduar. ¡Ah! ¿Ese es el Rafael?

Virt. Sí, con ese señor he sorprendido a Paula hablando por teléfono, y ese don Rafael pedía a mi hija otro beso, lo que prueba que no sería el primero.

Eduar. ¡Muy bonito! Me sorprende en tu hija tal conducta, cuando recuerdo la educación que le habéis dado; pero me extraña que ese señor sea un corruptor de hijas de familia. Aunque no personalmente, le conozco muy bien. Precisamente ha solicitado la plaza de abogado consejero de la Asociación para la Persecución del Pecado, de la que soy presidente, y, antes de nombrarle, decidimos tomar antecedentes sobre el sujeto. Tu cuñado Rogelio se encargó de tal misión, y hemos sabido muchas cosas, muchas más de lo que fuera preciso...

ESCENA VI

LOS MISMOS y MOYANO (DON ROGELIO)

Rog. (Entra por el centro.) Muy buenos días. (Saluda. A don Eduardo.) Hombre, me alegro encontrarte; tengo que comunicarte mis últimas averiguaciones. El es, el padre de los dos gemelos ilegítimos.

Eduar. ¿También eso?

Rog. A mí ya me lo dió en la nariz. No había más que ver cómo se le parecían. Pero, no acaba ahí la cosa. ¿A que no sabes lo mejor?

Eduar. ¿Qué?

Rog. ¡Pues que desde hace cuatro años está casado y que es padre de siete hijos!

Virt. ¿Quién? ¿Don Rafael Telechea?

Rog. ¡Cómo! ¿Telechea? No, yo hablo de Sidonio Pérez, cochero, treinta y dos años...

Eduar. Y a nosotros quien nos interesa ahora es don Rafael Telechea.

Rog. ¡Telechea!

Eduar. Sí, Telechea, el abogado que tú...

Rog. No me digas más. Aquí tengo los datos. (Busca en el bolsillo y al sacar un cuaderno deja caer

un retrato. Lo recoge apresuradamente y algo azorado, temiendo que lo hayan visto.)

Virt. ¿Qué es eso?

Rog. Nada, un retrato que he visto en el escaparate de una tienda. Un retrato escandaloso y atentatorio a todos los principios morales. ¡Repugnante, chabacano! Me da vergüenza enseñároslo y me quema en el bolsillo.

Eduar. (Quitándoselo de la mano con un gesto libidinoso y con desencanto después.) Pero, si es la Maja desnuda...

Rog. ¡Cómo! ¿Conoces tú a esa señorita? ¿Dónde vive? (Saca un cuaderno.) ¡Valiente sinvergüenza! ¡Hacerse retratar de esa manera! ¡Y todavía te parece a ti muy maja...

Eduar. ¡Pero, si es la Maja goyesca!

Rog. Tú lo has dicho: una goyesca a quien le voy a poner las peras a cuarto!

Eduar. Lo que vas a poner es a ti mismo en ridículo, Rogelio. Ya te explicaré más tarde quién es esta mujer del retrato. Ahora dime lo que has averiguado acerca del señor Telechea.

Rog. ¡Ah, sí! Espera. (Busca en su cuaderno.) S. S. S. T. T. T. Telechea. Aquí está: En el año 1903 tuvo un lío con una criada, en 1904 raptó a la hija de su patrona, en 1905 se escapó con otra, en 1906 con otra, en 1909 depravó a una modistilla, en enero de 1910 estuvo liado con una *chanteuse*, en julio con una *danseuse* y en octubre con una cómica; de 1911 a 1912 no hizo nada que yo sepa; pero no puedo creer que haya estado tranquilo tanto tiempo. Ahora, en 1913, trata de pervertir a una señorita de buena familia, con la que se ve y se besa en Parisiana, detrás del pabellón de la música. (Cierra el cuaderno.)

Virt. Eso último lo sabíamos.

Rog. ¿Conoces tú a la degraciada? ¡Dime el nombre y corro a salvarla!

Virt. Desgraciadamente sí, la conozco: es mi hija.

Rog. ¿Paulita? ¡Imposible! ¿Y lo sabe Lucio?

Virt. Tengo un marido que no se preocupa de su familia. Si por él fuera, mi hija podía ser raptada y... pervertida cien veces, y yo otras tantas ¡ay! sin que él se enterase. Fuera de sus conservas, nada le preocupa.

Eduar. Lucio tiene la manía comercial.

Virt. Y como yo he tenido que preocuparme de todo en mi casa, respecto a Paula, ya he tomado una resolución.

Eduar. ¿Cuál?

Virt. Casarla en seguida.

Rog. ¿Con quién?

Virt. Ya conocéis a don Jesús Cebarrón y a su esposa. En el mes de Febrero estuve en Guadalajara, y la señora de Cebarrón, que es una mujer muy distinguida, me indicó que sería muy agradable para ella que su hijo Inocencio fuera el marido de Paulita. A mí también me agrada el proyecto, y ahora más que antes.

Rog. ¿Se conocen los muchachos?

Virt. No; pero precisamente los señores de Cebarrón nos tienen anunciada su visita, y entonces se arreglará todo. De todos modos, esta vez no le salen bien las cuentas al señor Telechea.

ESCENA VII

LOS MISMOS y DON LUCIO

Lucio (Entra muy irritado, teniendo una carta en la mano izquierda.) ¡Repullés, repullés! ¡Hay para pegarse un tiro en el cielo de la boca!...

Eduar. (Con un poco de desdén.) Buenos díes, Lucio.

Lucio ¡Hola, señor diputado! (Saludando a Moyano y como sorprendido.) ¡Repullés! ¿Tú tombién estás aquí? La junta directiva de la Persecución del Pecado en pleno.

Rog. (Indignado.) ¡Si la virtud esperase que tú la sacaras del cielo, ya estaba fresca!

Virt. ¿Qué te pasaba, que venías de tan mal humor?

Lucio ¿Mal humor dicea? (Mostrando la carta.) Aquí tienes. Un nuevo aplazamiento en la vista del pleito que tengo con la casa Ribalta, de Tarragona. Dos años llevamos así y, entre tanto, las latas en embargo.

Rog. ¿Latas de qué?

Lucio De pimientos morrones. ¡Repullés! Ribalta decía que no aceptaba las latas porque los pimientos picaban. Yo gané el pleito, pero

ahora apela y vuelta a empezar. Es para pegarle un tiro en el cielo de la boca!

Virt. ¿Por qué no arreglas la cosa amistosamente?

Lucio De eso trato. Esta mañana he telefoneado al abogado de la parte contraria, y le he dicho: ¡Repullés! ¿No ve usted que si ahora pican los pimientos, más tarde servirán para hacer cantáridas? Y, ¿sabéis lo que me ha contestado? Pues que, cuando el Tribunal me obligue a tomarlos, los puedo emplear en hacer polvos insecticidas. Figurarse lo que contestaría yo. ¡Repullés!, ¡porque es para pegarse un tiro en el cielo de la boca! Le grité todos los insultos de mi catálogo; pero creo que colgó el aparato sin escuchar hasta el final.

Eduar. Pues eso puede perjudicarte, porque si hace uso de ello ante el Tribunal...

Lucio Como fué por teléfono, no tiene testigos.

Virt. ¿Y a eso llamas tú arreglar los asuntos amistosamente? Bien, ahora escucha, que ocurre algo más importante.

Lucio ¿Más? ¡Repullés!

Virt. Sí, más; se trata de tu hija. La he sorprendido dándose citas por teléfono con un caballero...

Lucio ¿Y qué?

Virt. ¡Cómo qué!

Lucio Sí, que no veo nada de particular: mientras todo lo que pase entre la chica y un hombre sea por teléfono... Además, ya tiene veinte años y querrá casarse.

Virt. ¡Bonitas teorías morales! (Esperando el efecto que causarán en su esposo sus palabras.) Bueno, aparte de que eso de citarse por teléfono no me parece muy decente ni correcto, ¿es que tú estarías dispuesto a consentir el matrimonio de tu hija con ese caballero?

Lucio Hombre, si la chica le quiere y es un hombre honrado y con porvenir, ¿por qué no? Pero, ¿sabes tú de quién se trata?

Virt. Sí; se trata de Telechea, el abogado.

Lucio (Dando un salto en la silla.) ¿Con Telechea has dicho? ¡Repullés! ¡Eso, nunca; con Telechea, jamás!

Moyano ¿Le conoces?

Lucio (Indignándose cada vez más.) Sí, le conozco, ¡repullés! Con Telechea, no.

ESCENA VIII

LOS MISMOS, PAULITA y PETRITA

Virt. (Va a la puerta derecha y llama con entonación muy grave.) ¡Paula! Ven. (Paula entra, un poco avergonzada, seguida de Petra.)

Virt. Ya sabe tu padre la alhaja que tiene en casa.

Lucio Tu madre me ha dicho que te das cititas con Telechea. ¡Está bien, muy bien, pero que muy bien! Bueno, pues oye: como yo sepa que te vuelves a acordar de ese hombre, te rompo treinta costillas. ¿Lo has oído? ¡No faltaba más! ¡Telechea mi yerno! ¡Repullés! ¡Como para pegarse un tiro en el cielo de la boca!

Virt Ya lo sabes. Tu padre y yo te prohibimos terminantemente que continúes la menor relación con ese caballerete.

Paul. (Llorando.) ¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!

Lucio Mira, no llores ni suspires, porque todo es inútil. He dicho que Telechea no, y no. ¡Repullés! Ya no hablemos más del asunto. (A don Eduardo y a Moyano.) ¿Queréis venir un momento?

Eduar. Vamos allá. (A doña Virtudes.) Hasta luego. (Se van los tres por el centro.)

Virt. (A Paula, que sigue lloriqueando.) Te advierto, niña, que son inútiles los llantos. Tu padre y yo no cederemos nunca. Más tarde nos lo agradecerás, aunque ahora creas que somos injustos. Tenemos que velar por tu felicidad y velaremos. Ya sabes que desde hace mucho tiempo pensamos que te cases con un muchacho de buena familia, instruído, rico, simpático. Acaso venga hoy mismo a visitarnos, y ya verás cómo te consuelas. (Se va por la izquierda.)

ESCENA IX

PAULITA y PETRITA

Paul. (Llorando más estrepitosamente.) No, no, no, no. Casarme con otro, no. Antes me suicido. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!

Pet. Chica, yo no creo que sea para tanto. Te quitan un novio y te dan otro. ¿Qué quieres más? Peor sería que no te dieran ninguno para reemplazarle. Ojalá me ofrecieran a mí uno. ¿Le conoces tú? No. Pues, ¿quién sabe si te gustará mucho cuando le veas?

Paul. No. Será muy feo, muy feo, muy feo. (Llora a gritos.) Es horrible tener que casarse a gusto de mi mamá. Y mi mamá y yo tenemos unos gustos muy difereutes... Yo nunca me hubiera casado con papá, y a ella parece que le gustaba tanto. Lo mismo que aquel vestido verde con cintas amarillas. Aquello fué del gusto de mamá, y yo iba hecha una birria. Así, como mi papá y como el vestido verde será el novio que me dedica.

Pet. Pero si es feo, en cambio puede ser simpático, cariñoso, de buen carácter.

Paul. Sí, vamos, un borrego... con cuernecitos y todo...

Pet. Hija, eso depende de ti...

ESCENA X

LAS MISMAS, DON ANTON y DON LUCIO

Antón (Entrando con don Lucio por el centro.) ¡Hola, niñas! (Las besa.)

Paul.
Pet. } Buenos días, tío Antón. (Paula trata de disimular las lágrimas.)

Antón (Advirtiendo las lágrimas de Paula.) ¿Qué son esas lágrimas? ¿Qué te ha pasado?

Lucio Nada. (Disimulando.) Cosas de chicas: su madre que la ha regañado no sé por qué. (A Petra.) Petrita, ¿quieres ir con tu prima?... (A Paula, indicándole la puerta.) Paula... (Salen por la izquierda.)

Antón Chico, me pica la curiosidad, ¿que pasa?

Lucio Te habrá extrañado que te llame con tanta urgencia. Tengo que hablarte de algo muy grave.

Antón ¡Muy grave! Habla.

Lucio No; mira antes si hay alguien ahí. (Indicándole la puerta izquierda.) Es preciso que nadie conozca mi secreto.

Antón (Va a la puerta y se asoma.) No, no hay nadie. Habla, que me tienes intranquilo.

Lucio (Que ha mirado por la puerta derecha y por la del centro.) Siéntatate y escucha con atención para que no se te escape ninguna de mis palabras. (Se sientan.) Ya sabes que ha muerto el señor Rodiño, que guardaba ciertos documentos míos...

Antón Sí, lo sé.

Lucio No me interrumpas. Sabes también que el notario López se ha hecho cargo de toda la documentación que había en la casa. Sabes también que López es pariente lejano de mi mujer, y resultaba que esos ciertos documentos míos que se refieren a un asunto muy delicado estaban en manos de López.

Antón Reclámaselos en el acto.

Lucio Ya lo he hecho, y aquí están. (Va al escritorio y saca un rollo de papeles.)

Antón ¿A qué se refieren estos papeles?

Lucio Calla, no hables tan alto... (Intranquilo, temiendo que alguien los sorprenda. Se acerca a don Antón y habla con misterio.) Hace veinticinco años había en Roma una *chanteuse* que se llamaba la Bella Lilí Lolo. Se decía francesa, pero yo supe después que era extremeña, y que acababa de llegar de Badajoz. Su verdadero nombre era Atanasia Ronzal; pero se quitó el Ronzal en cuanto se dedicó al teatro. Yo era entonces joven y soltero. Una noche la invité a cenar, y pasamos unas horas muy alegres. Luego nació un niño.

Antón (Extrañado.) ¡Un niño!

Lucio Sí, ¿te sorprende, verdad? Lo mismo que a mí cuando recibí la noticia de que yo era padre, abrí una boca tan grande como la tuya. Dos semanas después me enviaron este retrato. (Saca una fotografía del rollo de papeles y se la enseña.)

Antón Una niña.
Lucio Un niño.
Antón No se ve bien. (*Se pone las gafas.*)
Lucio Te digo que es un chico, no insistas.
Antón (*Mirándolo por detrás.*) ¿Qué dice aquí?
Lucio Ah, una dedicatoria muy tierna, que cada vez que la leo me conmueve: «¡Alégrate, paraíto: ya estoy aquí!»
Antón Y tú, claro, te alegrarías mucho.
Lucio Te diré; figurate que yo ya estaba para casarme con mi mujer. ¡Repullés!, no podía seguir esas historias; lo que hice fué hacer que el señor Rodiño, mi notario, le pasara por mi cuenta una pensión mensual, pensión que se le paga desde hace veinticuatro años.
Antón Bueno, ¿y qué tengo que hacer yo en todo esto?
Lucio Lo que espero de tu amistad es que me guardes ese retrato y los documentos. Si los tengo en casa no viviré tranquilo un minuto, pues puede encontrarlos mi mujer...
Antón ¡Válgame el cielo! Si tu mujer, la Presidenta de la Sociedad de la Persecución del Pecado, sabe estas cosas...
Lucio Figúrate, no me hables... ¡Repullés!
Antón Pero, por qué en lugar de guardar estos documentos no los...

ESCENA XI

LOS MISMOS y DOÑA VIRTUDES, que entra por la izquierda

Lucio ¡¡Mi mujer!!
Virt. (*Vestida para salir.*) Oye, Lucio. (*Al ver a don Antón.*) Buenos días, ¿tú por aquí? (*Le tiende la mano.*)
Antón (*Muy apurado, ocultando los documentos detrás de él con ambas manos.*) Hola, hola.
Virt. ¡Qué! ¿No quieres darme la mano?
Antón Con muchísimo... con muchísimo gusto.. (*Mirando a don Lucio implorando ayuda. Don Lucio le toma los documentos y los oculta a su vez de la misma manera.*)
Antón No una mano ¡las dos! (*Se estrechan las manos.*)
Virt. Oye, Lucio, haz el favor de darme cien pe-

setas porque tengo que hacer varias compras.

Lucio Ahora no puedo.

Virt. ¿Que no puedes? ¿Por qué?

Lucio Porque estoy muy ocupado.

Virt. Pues las necesito.

Lucio Eres muy gastadora, siempre estás pidiendo dinero. (Acercándose a don Antón en voz baja.) Toma, toma.

Antón (Atolondrado.) ¿Qué dices? (Se da cuenta y toma los papeles.)

Virt. ¿Pero qué te pasa que estás tan agitado? ¿Te duelen los riñones? Parece que te los sujetas con las manos.

Lucio ¿Acaso no soy dueño de poner las manos donde se me antoja? (Saca la cartera.) Aquí tienes las cien pesetas. Es decir, no, no las tienes, porque tampoco las tengo yo. Ven a mi despacho.

Virt. Adiós, Antón. (Le alarga la mano.)

Antón (Que de nuevo tiene las manos ocupadas.) Adiós, adiós.

Lucio ¡Qué manía tienes de dar la mano! Ya sabes que está prohibido por los médicos. Vamos. ¿Vienes?

Virt. (Hace un gesto de incomprensión. Salen por el centro.)

Antón (Va a la puerta de la derecha.) ¡Adiós, niñas!

ESCENA XII

DON ANTON, PAULITA y PETRITA que salen por la derecha

Pet. ¿Te vas ya?

Paul. ¿Tan pronto?

Antón Sí, me marcho.

Pet. ¡Jesús, cuánto papelote! ¿Qué es eso?

Antón Esto, esto. (Tratando de enrollar bien los papeles se le cae el retrato.)

Pet. (Recogiéndolo.) ¿Un retrato?

Paul. A ver.

Pet. Un niño. ¿Quién es este niño?

Paul. ¿Quién es?

Antón (Azorado.) ¿Qué os importa? (A Petra.) ¡Dámelo en seguida! (Se lo arranca de las manos.)

Pet. ¡Jesús, qué maneras! No, si no me lo voy a comer. No me gustan los chicos tan pequeños.

Paul. Ya, ya.

Antón Bueno, adiós, niñas, adiós. (Se va por el centro.)

Paul.
Pet. } ¡Adiós, hombre, adiós!

Pet. Y yo también me voy.

Paul. ¿No se te olvidará, eh?

Pet. No, no se me olvida, descuida. Llamo por teléfono a don Rafael Telechea y le cuento de pe a pa lo que aquí ha pasado.

Paul. Sobre todo no olvides decirle que me quieren casar con otro, para que le entren celos.

Pet. Descuida, no se me olvidará nada.

ESCENA XIII

LOS MISMOS, después MARÍA

María (Por el centro.) Señorita, un joven pregunta por su mamá.

Paul. (Emocionada.) ¿Oyes, Petrita?

Pet. Sí. ¿Quién es ese joven?

María Dice que viene de Guadalajara y que se llama Inocencio Cebarrón.

Paul. ¿Cómo?

Pet. Ya lo has oído: Inocencio Cebarrón.

María ¿Le hago pasar?

Pet. Sí, dígale que pase. (María se va por el centro.)

Paul. ¿Para qué? Yo no quiero verle... Será el novio que me dedica mamá.

Pet. Entonces le recibiré yo.

Paul. ¿Tú? ¿Qué quieres decirle?

Pet. Le diré que desista de sus intenciones matrimoniales.

María (Apareciendo por el centro.) Pase usted. (Paula se va corriendo por la derecha.)

ESCENA XIV

PETRITA e INOCENCIO

Inoc. (Rubio, con raya en medio, miope, con aspecto provinciano; tímido, la voz un poco atiplada.) Perdone usted, señorita, si vengo a molestar. (Dice esto desde la puerta.)

Pet. (Muy grave.) Está usted perdonado. Pase, pase usted y siéntese.

Inoc. Muchas gracias. (Avanza y se sienta con mucho cuidado. Pausa, en la que Petra le observa, y el muchacho baja los ojos visiblemente turbado.) ¿Su mamá no está en casa?

Pet. No, no está.

Inoc. ¡Qué lástima!

Pet. (Imitándole.) Sí, ¡mucha lástima!

Inoc. Sí, mucha lástima. (Pausa.) Traía recuerdos de mi mamá para su mamá...

Pet. Y, ¿quería usted dárselos en propia mano?

Inoc. Sí, sí, señorita.

Pet. Mi mamá se habría alegrado mucho...

(Pausa, durante la cual Inocencio está muy turbado. De pronto se queda mirando fijamente a Petra, se levanta, y lentamente, paso a paso, va hacia ella con los brazos abiertos. Ya muy cerca, en la misma cara de la muchacha, da una palmada.)

Pet. (Asustada, y que observa todo esto con un poco de miedo.) Pero, ¿qué le pasa a usted?

Inoc. (Sonriendo.) Nada, nada, una polilla que he visto revolotear. ¡En Guadalajara también hay muchas, no crea usted!

Pet. ¡Ah!... ¿Sí?

Inoc. Sí, sí, señorita. (Una pausa.)

Pet. Y qué, ¿va usted a estar mucho tiempo en Madrid?

Inoc. Hasta el final de las vacaciones.

Pet. ¿Está usted estudiando?

Inoc Sí, señora; a mí me tira mucho la historia. En la historia me pasaría yo la vida, y, cuanto más antigua, mejor. (Animándose.) Yo no sabré tener una conversación con una señorita; pero de historia sé la mar. Ya ve usted, si estuviera ahí en frente, en donde está usted sentada, doña Urraca...

Pet. ¿Qué dice usted?

Inoc. A doña Urraca, la reina de...

Pet. ¡Ah! Sí, sí. ¿Y qué le diría usted a doña Urraca?

Inoc. Pues, podría hablarle de su vida, porque la sé enterita, con puntos y comas.

Pet. (Irónica.) ¡Qué curioso! ¡Siento no ser doña Urraca!

Inoc. De ninguna manera, porque yo, aunque me gusta doña Urraca en la historia... para casarme con ella, no.

Pet. Pero, ¿usted piensa casarse conmigo?
Inoc. Claro, y supongo que usted no tendrá ningún inconveniente. Mi mamá me ha dicho que ya ha hablado con su mamá.
Pet. ¿Y usted se casa con quien le manda su mamá? ¡Mira qué obediente!
Inoc. No, no, señorita. Yo le dije a mi mamá: voy a verla, y si me gusta, me caso, y si no, no. Si no me gusta me vuelvo a Guadalajara en el mismo día (Una pausa corta. Inocencio se levanta de la silla.) Bueno, señorita, (Le alarga la mano.) tengo que ir...
Pet. (Indignada.) ¿Adónde va usted?
Inoc. A la estación.
Pet. (Herida en su amor propio.) Pues buen viaje.
Inoc. No, si no me marcho a Guadalajara. Voy a recoger la maleta para llevarla al hotel.
Pet. (Sonriendo.) Pensé que se marchaba usted...
Inoc. No, no; me quedo. Dígale a su mamá que traigo recuerdos de la mía y que volveré mañana.
Pet. Bien, se lo diré.
Inoc. Adiós, señorita.
Pet. Adiós.
(Inocencio se va por el centro.)

ESCENA XV

PAULITA y PETRA

Paul. (Saliendo por la derecha.) Qué, ¿se ha marchado ya?
Pet. Sí, puedes tranquilizarte: no le has gustado.
Paul. Mejor. (Va al balcón asomándose por entre las cortinas. Emocionada.) ¡Ay, Dios mío!
Pet. ¿Qué te ocurre?
Paul. ¡Mira quién viene allí!
Pet. ¿Quién? (Va también al balcón.)
Paul. Rafael, de chistera y con un ramo de flores.
Pet. *Señora de Telechea,* ¿qué le decía a usted yo?
Paul. ¡Ay, Petra, estoy temblando!
(Suena un timbre)
Pet. Ahí está; ¿debo dejaros solos?
Paul. ¡Ay, por Dios, no!
María (Anunciando por el centro.) El señor Telechea.

Pet. Que pase.

María (Cediendo el paso a Telechea.) Pase usted. (Se marcha al entrar Telechea.)

ESCENA XVI

PAULITA, PETRA y RAFAEL TELECHEA

Raf. (De levita, sombrero de copa y con un ramo de flores. Toma la mano de Paulita que está emocionada, y luego va a saludar a Petra.) Parece que nadie me esperaba en esta casa...

Pet. Yo sí, ¿verdad, Paulita?

Raf. ¿Usted sí? Pues yo, hace un momento, ni lo había pensado. Vengo a ver a su papá (A Paulita) y le ruego que haga pasar recado de mi visita.

Pet. Yo misma voy a decirle que está usted aquí. (Se marcha por el centro.)

Raf. (Mirando con descaro a Paula.) En vista de que no me quería usted dar el beso por teléfono, ni siquiera prometerlo, vengo yo a buscarlo.

Paul. ¡Menudo disgusto me ha buscado usted!

Raf. ¿Yo?

Paul. Sí, usted; mi madre había oído la última parte de nuestra conversación.

Raf. Pues todo se arreglará, porque vengo a pedirle permiso para tener relaciones formales con usted.

Paul. Pues le dirán que no, porque mi mamá ya tiene arreglada mi boda.

Raf. ¿Su boda? ¿Con quién?

Paul. Con un joven de Guadalajara. Precisamente acaba de salir de aquí.

Raf. ¿Ese joven rubio con quien me he cruzado en la escalera?

Paul. Sí.

Raf. Ese no me sirve para rival. Yo la quiero a usted. (Se acerca amoroso.) Usted será mía, será mi mujer, porque sin usted (Le rodea la cintura con los brazos) yo no puedo ni quiero vivir. Yo te quiero y necesito mirarme en esos ojos. (La coge la cabeza y ella se deja turbada por la emoción.) Quiero besar esa boca... (La besa.)

ESCENA XVII

LOS MISMOS, DON LUCIO y DOÑA VIRTUDES, entrando por el centro, sorprenden el beso

Lucio ¡Repullés! (Se queda en la puerta de brazos cruzados entre amenazador y asombrado.)

Virt. (Va hacia Telechea indignada.) ¡Caballero! ¿Qué se permite usted?

Raf. Tranquilícese usted, señora; la he besado y estaba por besarla a usted también.

Lucio ¡Repullés! ¿Qué es eso? ¿Qué dice usted?

Raf. ¡Y a usted también!

Lucio ¡Repullés! Pero, ¿es que está usted loco? ¡Con qué permiso viene a esta casa!

Virt. ¡Insolente! ¡Con qué permiso pisa usted esta casa!

Raf. Señores, vengo a pedirles la mano de su hija, a quien quiero desde hace mucho tiempo...

Virt. Pues téngala usted por negada.

Lucio ¡Terminantemente!

Raf. ¿Cómo? ¿Se oponen ustedes a nuestro matrimonio? ¿Me niegan ustedes la mano de su hija? ¿Qué reproche pueden hacerme para no considerarme digno de ser su yerno?

Virt. Algunos.

Raf. ¿Podría saberlos?

Virt. Si usted los desea... (A Paula.) A tu cuarto. (Paula no quiere marcharse.) ¿Has oído? A tu cuarto.

Lucio ¡Repullés! A tu cuarto.

(Paula se va por la izquierda.)

Virt. Puesto que usted desea saber las razones que tenemos para oponernos a su boda con mi hija, mi marido se las dirá.

Lucio ¡Yo se las diré! En primer lugar, el pleito con la casa Ribalta. Ya estaba todo arreglado y usted...

Virt. No se trata ahora del pleito...

Lucio ¡Repullés! Sí se trata; el señor ha metido la pata en el asunto y quiere que yo me trague los morrones. Pero, ¿usted qué se ha creído que puedo hacer con ellos?

Raf. Ya se lo he dicho por teléfono.

Lucio — (Furioso.) ¡Repullés! (Se levanta amenazador.) Si empieza usted de nuevo con la bromita de los polvos insecticidas...

Virt. — (Interponiéndose entre los dos) ¡Pero Lucio!...

Lucio — A mí nadie me toma el pelo.

Raf. — No es tomarle el pelo defender a un cliente que creo tiene razón y cuyo pleito espero ganar.

Lucio — (Encolerizado.) Pero, oiga usted, amigo...

Raf. — Quiero ganar este pleito para probarle que el pretendiente de su hija es un buen abogado.

Lucio — (Cada vez más furioso.) Le digo que a mí no me toma el pelo ni usted ni el niño de la bola... (Va a coger una silla.)

Virt. — (Le detiene y agarra. A Telechea.) Señor mío, haga usted el favor de marcharse; ponga usted fin a la triste escena que causa su presencia en esta casa.

Raf. — Señora, no tema usted nada. Su esposo se excita sin motivo. Antes de marcharme querría saber las razones que oponen ustedes a mi boda con su hija.

Virt. — ¿Tiene usted la frescura de preguntarlo?

Raf. — ¡Señora!...

Virt. — Conocemos sus seis aventuras amorosas en ocho años.

Raf. — Les han engañado.

Virt. — No trate usted de negarlo; nuestros informes son exactos.

Raf. — Señora, insisto en que les han engañado; fueron ocho aventuras amorosas en seis años.

Lucio — ¡Repullés! Peor aún. Y ¿cree usted que con esos antecedentes consentiremos a que se case con mi hija?

Virt. — ¿Un mujeriego, un hombre sin moral en mi casa? ¡Nunca!

Lucio — ¡Antes le pegaría un tiro en el cielo de la boca!

Raf. — Señores, no sé por qué se escandalizan ustedes tanto. Lo que me ha sucedido a mí le pasa a cualquiera, a todos los hombres, aun aquellos que parecen más santos. Yo conozco alguien que pasa por un modelo de padres y tuvo un lío con una señorita llamada la bella Lili Lolo.

Lucio — (Inquieto.) ¿Cómo?

Raf.	La bella Lili Lolo.
Lucio	¡Repullés! (Aparte.) Parece que ha dicho la bella Lili Lolo.
Raf.	Ese caballero...
Lucio	Esas historias no nos interesan.
Virt.	Deja hablar al señor.
Lucio	(Aparte.) ¡Repullés! Este lo sabe todo.
Raf.	Ese caballero un día fué padre...
Lucio	(Aparte y cada vez más inquieto.) ¡Repullés! Yo mato a este hombre. (A Telechea.) ¡Le prohibo que hable de esas indecencias delante de mi esposa!
Virt.	No, me interesa saber quién era ese señor...
Lucio	(Aparte.) ¡No faltaba más que eso!
Virt.	(A Telechea.) Decía usted que ese señor un día fué padre...
Raf.	Sí, un día ese señor recibió la agradable noticia con una fotografía de su hijo. Miren ustedes, este es el niño. (Saca una fotografía.)
Lucio	(Temblando de miedo.) (¡También tiene el retrato!)
Virt.	(Queriendo coger el retrato.) ¿Me permite usted?
Lucio	(Interponiéndose.) No, eso no lo puedo consentir. ¡El retrato de un niño desnudo! ¡Una señora no puede ver esas indecencias!
Virt.	(A Telechea.) ¿Y ese caballero no se ha ocupado de la chica?
Lucio	Es un chico.
Virt.	¿Cómo lo sabes tú?
Lucio	(Azorado.) Casi siempre los líos con ciertas mujeres terminan con un chico.
Virt.	(A Telechea.) Y ¿quién es el caballero?
Raf.	Señora, permítame usted que guarde el secreto profesional.
Lucio	¡Muy bien dicho!
Virt.	Me intereso como presidenta de la sociedad «La Persecución del pecado y la protección a las madres» ¿Se parece el niño al padre?
Raf.	Muchísimo. Mirando el retrato se está viendo al padre. (Mira a don Lucio.)
Lucio	(Volviendo la espalda.) ¡Qué infames, qué canallas son algunos hombres!
Raf.	Ya ve usted, señora, cómo todos los hombres tienen aventuras.
Virt.	Eso no excusa a usted ni le justifica. Yo no consiento que se case con mi hija, y mi marido tampoco.
Lucio	¡Tampoco!

ESCENA XVIII

LOS MISMOS y DON ANTÓN

Antón (Entrando por el centro.) Ya estoy de vuelta. (Sorprendido al ver a Telechea allí.) ¡Cómo! ¿Usted aquí?

Virt. (Saludando con una inclinación de cabeza a Telechea.) Caballero...

Lucio ¿Dónde vas?

Virt. (Aparte a don Lucio.) Yo he de averiguar quién es el padre de ese niño. (Se va por la izquierda.)

Lucio ¡No me faltaba más que eso! (Cae en brazos de Antón.) ¡Ay, Antón! ¿Qué has hecho con mis papeles?

Antón Tranquilízate, hombre. Están en buenas manos.

Lucio ¿Quién los tiene?

Antón (Señalando a Telechea.) El señor Telechea, abogado.

(Don Lucio se desploma. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

MARÍA, después PETRA

María (En la puerta del centro.) Pase usted. Voy a avisar a los señores.

Pet. (Con muchos libros debajo del brazo.) ¿No está la señorita Paula en casa?

María Sí, señorita; está. Voy a llamarla.

Pet. (La detiene.) Diga, María: ¿ha vuelto el señorito rubio de ayer?

María ¿El señorito Inocencio?

Pet. Sí, eso es.

María No, señorita.

Pet. Gracias, está bien.

María (Se va por el centro.)

Pet. (Se sienta y empieza a leer un libro.) No, no es tan fácil como yo creía!...

ESCENA II

PETRA y después PAULITA

Pet. (Por la derecha.) ¡Hola, Paulita! ¿Qué ha pasado con Rafael?

Paul. Pues no lo sé. Papá y mamá le recibieron y no sé lo que habrán hecho ni hablado. A Rafael no le he visto... Estoy desesperada.

(Reparando en los libros.) Pero, ¿adónde vas con tanto librote?

Pet. Son libros de historia: La historia de Babilonia, la de Asiria...

Paul. Y a ti, ¿qué te importan todas estas historias?

Pet. (Un poco turbada.) Mucho; siempre me han interesado mucho las historias.

ESCENA III

LAS MISMAS y MARÍA

María (Anunciando por el centro.) Ahí está el señorito...

Pet. (Aparte.) ¡Es él! (Se pone a leer muy interesada.)

Paul. (A María.) ¿Quién?

María El señorito Rafael.

Pet. (Con desencanto.) ¡No es él! (Cierra el libro.)

(María se va por el centro.)

ESCENA IV

PAULITA, PETRA y RAFAEL TELECHEA; luego MARÍA

Raf. (Por el centro.) Buenas tardes.

Paul. ¡Rafael! (Va hacia Telechea.) ¡Gracias a Dios que has venido! ¿Qué pasó ayer? Cuéntame. Mamá ha pasado toda la noche haciendo citaciones para una junta extraordinaria de la «Asociación para la Persecución del pecado y la protección a las madres.» ¿Será para tratar de mí?

Raf. Descuida. Todavía no has pecado bastante para que te persigan ni para que te protejan. Se trata de otro delincuente.

Pet. Pero, ¿qué pasó?

Raf. Nada, no pasó nada. (A Paulita.) ¿Y tu padre? ¿Está más tranquilo?

Paul. Está furioso; nunca le he visto tan enfadado.

Raf. Muy bien: me alegro.

Paul. Muchas gracias, hombre. Pues si sabe que has venido otra vez..

Raf. (Riendo.) Hace explosión. Pero, no, poco a poco se irá acostumbrando a verme. Puedes

estar segura de que tu padre me pedirá de rodillas que me case contigo.

María (Anunciando por el centro.) El señor Cebarrón.

Pet. (Emocionada.) ¡Ha dicho Cebarrón!

María ¿Le hago pasar?

Paul. No, dígale que no hay nadie en casa.

Pet. Mujer, ¡qué cosas tienes! Un muchacho tan amable, tan simpático...

Paul. Es un animal, un imbécil...

Pet. (Furiosa.) Yo no pienso como tú.

Raf. Yo las pondré de acuerdo: es un imbécil simpático.

Paul. ¿Simpático el idiota que me designa mamá como marido?

Raf. ¡Ah!, pero ¿es mi rival? Entonces que pase; quiero conocerle. (A María.) Hágale pasar.

Paul. No, yo no quiero verle. (Se va por la derecha.)

Pet. (Quiere seguirla.)

Raf. Quédese usted, Petrita; nos vamos a reir un poco.

Pet. (Furiosa.) Yo no me río de la gente que no tiene por qué se rían de ella. (Se va por la derecha.)

Raf. Pues yo voy a hacer que tome el primer tren para Guadalajara.

ESCENA V

RAFAEL, después INOCENCIO

Inoc. (Saluda inclinándose.)

Raf. (Igual saludo, pero sonriéndole afectuosamente.) Perdone, joven; usted es...

Inoc. Inocencio Cebarrón, para servir a usted.

Raf. Me alegro mucho de conocerle.

Inoc. Muchas gracias.

Raf. ¿No quiere usted sentarse?

Inoc. Muchas gracias. (Se sienta.)

Raf. ¡Bravo! ¿Conque usted es el famoso Cebarrón?

Inoc. Qué, ¿tenía usted noticia de mi llegada?

Raf. Sí, ya sabía...

Inoc. ¿Es usted pariente de los señores de Pejols?

Raf. Todavía no, pero lo seré; ya casi me considero como tal.

Inoc. Entonces también sabe usted el objeto de mi visita.

Raf. Sí, lo sé.

Inoc. Y ¿qué le parece a usted? Es el deseo de mi mamá, y yo por darle gusto. ¿Cree usted que le gustaré a la chica?

Raf. Hombre, no sé, creo que sí; pero me figuro que le gustan los hombres muy audaces, atrevidos.

Inoc. Precisamente lo contrario de mi carácter. Aunque usted no lo crea, le diré que tengo un miedo atroz y no sé cómo decirle... Vamos, eso que se dice a las novias. ¿Comprende?

Raf. Sí, ya comprendo.

Inoc. Y eso que vengo bien preparado por mi mamá. La pobre, con mucha vergüenza, porque son cosas que una madre no puede contar a un hijo sin ponerse colorada, me ha dicho lo que papá le decía a ella hace veintiocho años. Y me lo he aprendido de memoria, pero temo equivocarme. Además, no sé si lo que decían entonces los novios estará de moda todavía.

Raf. Puede que sí; la moda ha cambiado poco desde entonces en esas cosas. Entre lo que hizo Adán con Eva y lo que haría yo, no creo que haya mucha diferencia.

Inoc. Usted que es más joven que mi mamá, y que seguramente tendrá novia, podría darme un consejo, enseñarme...

Raf. Con muchísimo gusto. Aguarde usted. (Va a la puerta izquierda. Asomándose.) ¿Quiere usted hacer el favor de venir un instante, señorita?

Paul. (Saliendo por la izquierda.) ¿Me llaman?

Raf. Sí, un momento. (Presentando a Inocencio.) Este joven...

Inoc. Inocencio Cebarrón para servirla.

Paul. Mucho gusto.

Raf. Sí, este joven me pide un consejo para cortejar a una mujer a la moderna. (A Inocencio.) Vea usted, joven Cebarrón: en estos tiempos no se anda uno por las ramas sino que se va uno derecho al bulto. Así, por ejemplo: La señorita está ahí, yo adelanto (Lo hace.), le cojo la cabeza (Lo hace) y empiezo a besarla en la boca hasta que pierde la respiración. (La besa mucho.)

Paul. (Asombrada.) ¡Pero, Rafael!

Raf. (A Inocencio.) ¿Ha visto usted? Así se hace. ¿Qué le parece?

Inoc. (Que ha seguido la escena con mucho interés.) Muy bien. Voy a ensayar ahora para que usted me diga qué tal lo hago.

Paul. (Asustada.) ¡Conmigo no! (Huye por la derecha.)

Raf. (Interponiéndose.) No, si cree usted que no lo ha aprendido bien repetiré la lección.

Inoc. No, no; ya he visto, y he visto además que le gustaba la pizarra de las demostraciones.

Raf. (Aparte.) Lo ha comprendido. (A Inocente.) Vamos, joven, francamente, usted renuncia después de lo que ha visto a casarse con la señorita de esta casa.

Inoc. No, señor; ahora menos que nunca, siendo asunto tan sencillo el cortejarla. Le agradezco el consejo y le pido perdones por la molestia que le he proporcionado.

Raf. De ninguna manera, he tenido un verdadero placer y estoy a sus órdenes para repetir la lección.

Inoc. (Confidencial.) Oiga, caballero, ya que es usted tan amable me voy a permitir otra pregunta. Ya casados, ¿se hace lo mismo?

Raf. Eso y algo más; pero si necesita usted una lección puede llamarme.

Inoc. (Muy amable.) La verdad, su método me gusta.

Raf. ¿De veras? (Conteniendo la risa.) Vaya, adiós, joven. Rafael Telechea, Infantas, 4, primero. (Se va por el centro.)

ESCENA VI

INOCENCIO y PETRA

Pet. (Por la derecha.) Buenos días. ¿Usted por aquí?

Inoc. Sí, sí, estoy aquí, ya lo ve usted... (Aparte.) ¡qué mona está!

Pet. (Complaciéndole.) ¿Le ha ofendido, le ha hecho daño el señor Telechea?

Inoc. No, señorita, a mí no.

Pet. Pero ha habido una explicación...

Inoc. (Malicioso.) Sí, señorita, me ha explicado... (Aparte.) ¡Atrévete, Inocentito!

Pet. ¿Qué, qué?

Inoc.	(Aparte, resueltamente.) A la una, a las dos y a las... (Le coge la cabeza y la besa muchas veces en la cara.)
Pet.	(Desasiéndose.) Pero, joven, ¿qué es esto? ¡Me deja usted sin respiración!
Inoc.	Eso es precisamente lo que me proponía. (Intenta besarla de nuevo.)
Pet.	(Ofendida.) Caballero, ¡respéteme usted!
Inoc.	¿Cómo? ¿Se enfada usted? ¿Le he hecho daño?
Pet.	¿Quiere usted explicarme su conducta?
Inoc.	El señor Telechea me ha dicho que cuando se quiere a una chica para casarse...
Pet.	(Bajando los ojos ruborizada.) ¿Y usted me quiere a mí?
Inoc.	Pues claro, si no no me habría permitido...
Pet.	Pero...
Inoc.	Hoy mismo pienso hablar con su papá.
Pet.	¿De veras?
Inoc.	Déjeme usted que la bese otra vez.
Pet.	(Defendiéndose débilmente.) No, no.
	(Inocencio la besa brutalmente. Ella se marcha corriendo por la derecha.)
Inoc.	(Mandándola besos con la mano.) Adiós, monísima.

ESCENA VII

INOCENCIO y luego RAFAEL TELECHEA, que sorprende los besos que envía con la mano

Raf.	(Entrando por el centro.) ¡Hombre, señor Cebarrón! ¿Todavía está usted aquí?
Inoc.	¡Si viera usted, caballero, qué feliz soy! ¡Y esto se lo debo a usted! Hoy mismo le pido a don Lucio la mano de su hija.
Raf.	¡Cómo! ¿Tiene usted valor?
Inoc.	Sí, señor; lo he tenido, gracias a usted. Y puesto que ha sido tan bueno conmigo, voy a hacerle otro ruego. Usted, seguramente, es un antiguo amigo de don Lucio..
Raf.	Amigo no, más que eso. Don Lucio y yo somos dos hermanos.
Inoc.	¿De veras? (Mirándole a la cara.) Pues no se parecen ustedes.
Raf.	Quiero decir que me quiere como si fuera su hermano.

Inoc.	¡Ah, sí! Comprendo. Bueno, pues yo quisiera causarle una nueva impresión y desearía que usted ..
Raf.	¡Ah, ya! Comprendido. Pues mire, joven, apenas le vea se va usted hacia él con los brazos abiertos...
Inoc.	Y le beso hasta que pierda la respiración.
Raf.	No; usted le abraza y le dice: ¡Alégrate, papaíto, ya estoy aquí!
Inoc.	(Extrañado.) ¡Papaíto!...
Raf.	Hombre, claro. ¿No quiere usted ser su hijo político?
Inoc.	¡Ah, sí! Es verdad, muy bien.
Raf.	Nada puede usted decirle que le guste tanto...
Inoc.	¿Usted cree?
Raf.	Estoy seguro. ¡Si le conoceré yo!
Inoc.	¡Ay! Muchas gracias; muchas gracias, caballero: a usted le deberé mi felicidad.
Lucio	(Habla entre bastidores.) ¡Dígale que espere, que bajo al despacho!
Raf.	Ahí viene don Lucio.
Inoc.	Entonces, apenas entre...
Raf.	No, es mejor que me deje usted unos instantes solo con él. Yo le prepararé el terreno. Vaya usted. (Le empuja y le hace salir por el centro.)

ESCENA VIII

RAFAEL TELECHEA y DON LUCIO

Lucio	(Entrando por la puerta segunda izquierda.) Bien, bien...
Raf.	(Que se ha sentado.) Buenos días, señor Pejols.
Lucio	(Sorprendido.) ¡Repullés! ¿Usted aquí? Usted se ha propuesto que le pegue un tiro en el cielo de la boca.
Raf.	No, señor Pejols; vengo a pedirle un consejo.
Lucio	Y yo no quiero dárselo.
Raf.	No sabe usted de qué se trata. Hoy me han ido a visitar para rogarme que acepte el puesto de abogado asesor de la Asociación «La Persecución del pecado y la protección a las madres».
Lucio	¿Y qué?

Raf. Me ofrecen un buen sueldo, pero es a condición de que les revele cierto secreto y entregue este retrato. (Saca del bolsillo la fotografía.)

Lucio (Muy inquieto.) ¿Y ha aceptado usted?

Raf. ¿Me cree usted capaz?

Lucio ¡Repullés! Le creo a usted capaz de todo.

Raf. No, señor Pejols, yo me he negado. Aquí tiene usted sus documentos y el retrato. (Le entrega todo.)

Lucio (Tomándolos conmovido.) No, si siempre había dicho yo que usted era un hombre muy digno...

Raf. Me alegro que tenga usted esa opinión de mí. Supongo que ahora no tendrá inconveniente en casar a su hija conmigo.

Lucio ¡Eso no lo consentiré jamás!

Raf. ¿Cómo?

Lucio Amigo mío, ya tengo el retrato y los documentos, ya no le temo.

Raf. Le advierto que tengo otros.

Lucio ¡Son falsos! Y ¿un falsificador quiere casarse con mi hija? ¡Nunca!

Raf. Pues me casaré con ella.

Lucio (Burlándose y señalándole el retrato que tiene en el bolsillo.) Eso lo veremos.

Raf. Puede usted hacer lo que quiera. ¡Adiós, futuro suegro! (Se va por el centro.)

Lucio (A solas.) Al fin en mi poder de nuevo. (Abraza los documentos. Reflexionando.) Pero el peligro continúa. ¡El imbécil de Antón! ¡Repullés, ese canalla es capaz de contárselo a mi mujer!...

ESCENA IX

DON LUCIO, luego DOÑA VIRTUDES

Virt. (Muy satisfecha.) ¡Ah! ¿Estás aquí, Lucio? Hoy mismo lo sabré.

Lucio (Esconde los documentos.) ¿Qué?

Virt. Quien es el padre.

Lucio ¡Repullés! ¡Ya me estás cargando con tu manía de meter la nariz en donde no te llaman!

Virt. ¿Cómo que no me llaman? Y la moral, ¿no me llama a gritos? ¿No oyes sus voces? Se

trata de un hombre honrado que el padre le abandonó al nacer. D bemos ayudarle y castigar al canalla que a estas horas vive tranquilamente rico y satisfecho sin ningún remordimiento. También a la esposa hemos de abrirle los ojos...

Lucio Pero si está muy a gusto con ellos cerrados...

Virt No, de ninguna manera. Moyano se ha encargado de hacer las averiguaciones y hoy lo sabremos todo. (Se va por la izquierda.)

Lucio ¿Moyano? ¡Entonces estoy perdido!

ESCENA X

DON LUCIO y luego DON ANTON

Antón (Entra por el centro izquierda.) Hola, Lucio. ¿Qué hay?

Lucio (Severo.) ¿Te atreves todavía a saludarme?

Antón Hombre, yo no podía suponer...

Lucio Tú siempre en Babia. Precisamente fuíste a dar los documentos a Telechea.

Antón Yo no sabía...

Lucio Ahora todos los miembros de la Asociación de la Protección del pecado y la persecución de las madres están como perros policías detrás de mí. Moyano se ha encargado de encontrarme.

Antón Entonces no hay remedio. Te encontrarán.

Lucio (Desesperado.) Pero oye, si mi mujer llega a saberlo... (Le amenaza.) ¡Repullés! Te juro que te pego un tiro en el cielo de la boca. (Se va por la izquierda.)

Antón ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué tragedia he traído a esta casa!

ESCENA XI

DON ANTÓN, luego DOÑA VIRTUDES

Virt. (Entrando por la izquierda.) ¡Ah! ¿Eres tú, Antón? Creí que era Moyano a quien espero.

Antón Sí, ya sé...

Virt. ¿De verdad? ¿Ya se habla de esto? Sí, sí, va

a ser un escándalo. Parece que el canalla es un hombre muy conocido...

Antón ¡Pero, Virtudes! Piensa en el perjuicio que vais a hacer al pobre señor.

Virt. ¿Y el pobre niño sin ayuda?

Antón ¡Hombre, ya no es tan niño, tiene veinticuatro años!

Virt. ¿Cómo sabes tú eso?

Antón (Arrepentido de lo que ha dicho.) Yo...

Virt. Explícate, tú debes estar enterado.

Antón Yo, sí, yo... (Aparte.) ¡He vuelto a meter la pata! (Queriendo remediar el error.) Mira, Virtudes, no debes tomar las cosas tan a pecho. Una *chanteuse*, sabes...

Virt. ¿Cómo sabes tú que era una *chanteuse?*

Antón Yo, yo...

Virt. Tú, sí, tú; te exijo que cuentes lo que sabes.

Antón (Cada vez más atolondrado.) Yo, mira, fué porque Lucio..

Virt. ¿Qué tiene que ver mi marido en esto?

Antón Ah, no, nada; yo soy el único culpable.

Virt. ¡¡¡Tú!!!

Antón Sí, yo; yo soy el culpable de la tragedia.

Virt. ¡Antón! ¿Tú?

Antón (Bajando la cabeza.) Sí, yo.

Virt. ¿Tú eres el padre?

Antón ¿Cómo el padre?

Virt. No niegues, no mientas. Tu conciencia te ha vendido. ¡He de saberlo todo! (Le agarra por un brazo y se lo lleva por la izquierda.) ¡Ven a hacer confesión general!

ESCENA XII

DON LUCIO y MARIA

Lucio (Entrando por el centro.) No; hoy no puedo trabajar; tengo un miedo...

María (También por el centro y anunciando.) El señor Moyano.

Lucio (Aparte.) ¡Repullés! Llegó la hora de la expiación.

María Dice que quiere hablar con el señor.

Lucio (Aparte.) ¡Ya lo sabe todo! (A María.) Que pase. (Vase María.) Lucio, trata de conquistar a Moyano, porque si no estás perdido.

ESCENA XIII

DON LUCIO, MOYANO y luego MARÍA

Rog. (Asoma la cabeza por el centro.) ¿Estás solo?
Lucio Sí, solo; entra.
Rog. (Avanza mirando a todas las puertas.) Tengo que hablarte en secreto y no quisiera...
Lucio Vamos, hombre, no andes con tanto misterio ni te des tanta importancia. Ya me figuro a lo que vienes. Vienes a decir que ya sabes quién es el padre, ¿no es verdad?
Rog. (Muy inquieto. Trágicamente.) ¡Lo sé desde hace mucho tiempo!
Lucio ¡Cómo! ¿Tú lo sabías y nunca hiciste la menor alusión, nunca digiste nada a nadie?
Rog. (Dramático.) ¡A nadie!
Lucio (Sorprendido.) ¡Repullés! Jamás hubiera pensado eso de ti.
Rog. ¡Las cosas que pasan! ¡La juventud! Tenía entonces veinticinco años. Había en Romea una *chanteuse* que se llamaba la Bella Lilí Loló, ¿te acuerdas?
Lucio (Sorprendido y muy interesado.) Sí, algo; cuenta, cuenta.
Rog. Una noche la invité a cenar, pasamos unas horas muy alegres y nueve meses después recibí este retrato. (Saca una fotografía y se la enseña.)
Lucio (Que ha escuchado con sorpresa creciente el relato.) ¿Qué es esto?
Rog. Ya lo ves, un niño, mi hijo.
Lucio ¡Tu hijo!
Rog. Sí, yo soy el padre.
Lucio ¿Tú?
Rog. (Avergonzado.) ¡Yo!
Lucio (Riendo á carcajadas.) ¡Repullés! Esto tiene gracia.
Rog. (Muy inquieto.) ¡Te ríes! Bien se conoce que no comprendes mi situación. Yo, el vicepresidente de la Asociación para la Persecución del pecado y la protección a las madres... ¡Figúrate cuando se sepa que!...
Lucio Tú tienes la culpa.
Rog. ¿Quién podía suponer que al cabo de los

años?... Cuando esta mañana vino tu mujer a decirme que había que descubrir al padre del niño, creí que se me venía la casa encima.

Lucio Pero dime, Rogelio, ¿tienes la seguridad de que tú eres el padre?

Rog. ¡Hombre, seguridad!... Esas cosas no se saben nunca con certeza. Sin embargo, se me parece tanto..

Lucio (Comparándolo con el retrato.) Verdaderamente, no lo puedes negar.

Rog. (Envanecido.) ¡Verdad que se ve que es hijo mío! Fíjate en la mirada.

Lucio Sí, sobre todo la caída de ojos.

Rog. (Serio.) No tomes la cosa a broma. Y mira qué guapo es y qué mirada más inteligente tiene. Sí, inteligente lo debe ser; ya cuando tenía esa edad se le ocurrían unas cosas... ¿A que no sabes lo que se le ocurría?

Lucio Hombre, tratándose de un niño de teta me lo puedo figurar: las labores propias de su sexo.

Rog. No, no; mira lo que me ponía detrás del retrato. (Lee.) «¡Alégrate, papaíto!...»

Lucio (Interrumpiéndole.) Ya estoy aquí..

Rog. (Sorprendido.) ¿Como lo sabes?

Lucio Pues... porque yo tengo otro retrato igual.

Rog. ¿Tú?

Lucio ¡Sí, yo, y es posible que lo tengan otros muchos más! ¡Las fotografías se hacen tan baratas por docenas!...

Rog. Pero, no, éste no es el caso: yo he pagado por mi hijo, por este hijo, durante veinticuatro años...

Lucio ¡Y yo también!

Rog. ¿De verdad?

Lucio De verdad; fuí tan imbécil como todo eso.

Rog. El imbécil fuí yo.

Lucio ¡Bah, no nos peleemos por esto. Tú tienes razón, fuimos dos imbéciles, y el niño fué muy inteligente porque supo encontrar dos tontos. Y ahora, ¿sabes lo qué ha sido de tu hijo?

Rog. ¡Del tuyo! Porque también es tuyo.

Lucio No, yo acabo de renegar de un sinvergüenza semejante.

Rog. Con certeza no sé mucho: lo único que puedo decirte es que durante veinticuatro años

le he pasado cien pesetas mensuales para su educación.

Lucio ¿Fuiste tan imbécil que mandabas ese dinero puntualmente?

Rog. Sí.

Lucio Pues yo también. ¡Vaya un niño sinvergüenza!

Rog Yo lo hice, porque tenía miedo, para evitar que este mozo viniera un día...

Lucio (Indignado.) ¡No faltaría más!

Rog. Todo es posible. Pero en fin, el conflicto para mí es grave. ¿Qué digo yo a tu mujer que me ha encargado que busque al padre?

Lucio Ah, sí; y te advierto que Virtudes no para hasta que lo sepa.

Rog. Ya lo sé; por eso estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

Lucio Y lo que debes hacer es marcharte, porque si nos sorprenden juntos, pueden sospechar.

Rog. Pero, ¿qué les digo?

Lucio Diles que el niño murió de demasiado inteligente, pues a los dos meses sabía sumar las pesetas que era un gusto.

Rog. No, ¡pero si quieren saber quién es el padre!

Lucio Toma, eso también lo quisiera saber yo. (Empujándole.) Anda, anda, no conviene que nos vean juntos. (Moyano sale por el centro. Don Lucio reflexionando.) Lo que ha dicho éste no es tan descabellado. Si el niño se presenta un día...

María (Por el centro.) Señor, ahí está ese joven...

Lucio ¿Qué joven?

María El que vino ayer.

Lucio ¿Qué quiere? Dígale que no tengo ninguna plaza vacante.

María No, pero si creo que viene a un asunto de familia... (Con cierta malicia.)

Lucio ¿De familia? No, que no estoy en casa.

María (Como intercediendo.) Señor, cuando se trata de los hijos...

Lucio ¡¡Cómo!!

María Sí, señor; al fin usted es padre..

Lucio (Aterrado.) ¡Padre! (Aparte.) ¿Será ese joven?...

María (Sonriendo.) Sí, señor; cuando ayer vino, apenas le ví comprendí...

Lucio (Aparte, dando muestras de sobresalto.) No, no es posible. (A María.) Hágale usted pasar.

María (Vase por el centro.)

ESCENA XIV

DON LUCIO e INOCENCIO

Inoc. (Entra por el centro con los brazos abiertos y avanza hacia don Lucio.) ¡Alégrate, papaíto! ¡Ya estoy aquí!

Lucio (Cae desmayado en una silla.)

Inoc. (Se acerca solícito.) Papá, papá...

Lucio (Se levanta aterrado y va a las puertas para ver si alguien ha visto la escena.)

Inoc. (Extrañado de que sus primeras palabras no hayan producido el efecto que esperaba.) ¡Alégrate, papaíto! ¡Ya estoy aquí!

Lucio (Tapándole la boca.) ¡Repullés! ¿Te quieres callar? (Le mira fijamente y aparte.) Es el retrato de Rogelio.

Inoc. ¿Qué me mira usted tanto? ¿No le parezco bien?

Lucio Sí, es que estaba viendo que se parecía usted mucho a una persona.

Inoc. Sí, me encuentran parecido con muchas personas distintas.

Lucio ¡Lo creo! Pero, dígame, ¿cómo ha venido usted hasta esta casa?

Inoc. Fué idea de mi mamá.

Lucio ¡Ajajá! Y ¿qué tal? ¿cómo está esa vieja pécora?

Inoc. ¿Cómo?

Lucio Que cómo le va. Siempre con sus cuplés verdes... ¿eh? Ya debe estar muy vieja para cantar aquello de (Tarareando.)

Mon petit chat, chat...

Inoc. (Pone una cara de gran extrañeza.)

Lucio (Aparte.) Parece que no está enterado de la profesión de su madre. (A Inocencio.) Pregunto si sigue bien de la garganta.

Inoc. Ah, sí, muy bien. Traigo saludos de ella para su esposa.

Lucio ¿Cómo? ¡Eso no puede ser! Mi mujer no sospecha nada.

Inoc. (Extrañado.) Mi mamá me ha dicho...

Lucio Mi mujer no sabe nada. Sepa usted que es la Presidenta de la Asociación para la Persecución del pecado...

Inoc. También mi mamá pertenece a esa Asociación.

Lucio ¡¡También!! ¡Bonita sociedad!

Inoc. Mi mamá quiere que yo me case pronto.

Lucio Y ¿por eso viene usted a mi casa?

Inoc. Claro, a usted como padre tengo que pedir el consentimiento.

Lucio Ah, sí, comprendo. (Aparte.) ¡Después de todo, parece un buen chico!

Inoc. ¿De manera que usted no ve inconveniente?

Lucio ¡Yo no! (Aparte.) Puedes ahorcarte si quieres por mi parte...

Inoc. Permita usted que le abrace, papá.

Lucio Como quieras. (Mira inquieto en derredor.) Bueno, vamos a ver, hijo mío...

Inoc. (Satisfecho, aparte.) ¡Ya me habla de tú!

Lucio ¿Qué carrera te da tu madre?

Inoc. Ahora estudio numismática.

Lucio ¿Qué?

Inoc. Numismática.

Lucio Y cuando seas numismaticario, ¿cuánto podrás ganar?

Inoc. Según; si luego tengo la suerte de encontrar una moneda rara...

Lucio ¡Cómo! ¿Suerte de encontrar rara vez una moneda? ¡Lo que es suerte es que sea con frecuencia!

Inoc. Ahora acabo de hacer un gran descubrimiento.

Lucio ¿Cuál?

Inoc. (Orguiloso.) Pues he descubierto que dos mil años antes de Jesucristo no se conocía la moneda de cobre. ¿Qué le parece a usted?

Lucio Nunca lo hubiera creído.

Inoc. Pero hay otro numismático que me quiere disputar la paternidad de ese descubrimiento.

Lucio Puede que seais los dos sus padres.

Inoc. No puede ser.

Lucio Sí, puede ser, créemelo. Pero, en fin, ¿por qué tu madre no te enseña algo más práctico, zapatero, peluquero...?

Inoc. Perdone usted, la numismática...

Lucio Nada, nada, con el dinero que te han pasado tus padres, tu madre podría haberte hecho hasta cura.

Inoc. (Ofendido.) Mi madre me ha dicho siempre:

Hijo, sigue tu inclinación. Tu padre es rico para que puedas hacer tu gusto...

Lucio ¡Naturalmente! Aquí está quien pagaba...

Inoc. Bien, ya que ha sido usted tan bueno que permite mi casamiento, le ruego que sea generoso.

Lucio (Aparte.) Ya salieron las peticiones. (Alto.) Bueno. (Saca un billete de cinco duros.) Aquí tienes cinco duros. Pero te advierto que es la última vez. Puedes decírselo a tu madre.

Inoc. Pero...

Lucio Nada, nada, no doy ni un céntimo más.

ESCENA XV

DICHOS y ROGELIO MOYANO

Rog. (Entrando por el centro.) Oye, Lucio... (Viendo a Inocencio.) ¡Ah! usted perdone...

Inoc. (Saluda inclinándose exageradamente.)

Rog. (En voz baja a don Lucio.) Oye, ¿quién es este joven tan ridículo?

Lucio ¿No le conoces?

Rog. No.

Lucio (Le dice algo al oído.)

Rog. (Emocionado.) ¡No es posible! (Va con solemnidad hacia Inocencio.) ¿Tú? ¿Tú? ¿Eres tú?

Inoc. (Bajo a don Lucio.) ¿Quién es este señor tan amable?

Lucio (También bajo.) Un pariente cercano tuyo.

Inoc. ¿Sí? (Va a Moyano y le abraza.) ¡Cuánto gusto!

Rog. (Se limpia las lágrimas con las manos.) Yo también tengo una gran alegría. (Le mira un instante, y luego cogiéndole la cabeza se la vuelve hacia donde está don Lucio.) ¿Se parece?

Lucio Como una gota de agua a otra gota.

Rog. No tiene nada de la madre, ¿verdad?

Inoc. (Alegrándose.) ¿Usted conoce a mi mamá?

Rog. (Mirando a don Lucio.) Sí, superficialmente; no muy a fondo. (Dando intención a la frase.) Dele usted recuerdos míos, de su *petit Moyanó*, como ella me llamaba. (Le vuelve a abrazar.)

Lucio Ea, basta de escenas familiares tiernas. Este chico se debe ir, no sea que vengan y le encuentren aquí. (A Inocencio.) Vamos, márchate ya.

Inoc. (Que tiene todavía los cinco duros en la mano.) Bueno, ¿pero qué hago yo con esto?

Lucio ¿Qué? ¿Te parece poco? (A Moyano.) Hombre, dale tú algo también.

Rog. Con mucho gusto. (Saca otros cinco duros.) Aquí tienes, hijo, cinco duros.

Inoc. (Teniendo un billete en cada mano. Estupefacto.) Pero...

Lucio Anda, no seas ansioso ni deshonrible; vete ya.

Rog. (Mirando por la ventana.) Ahí viene Eduardo.

Lucio (Asustado.) Y va a encontrar a este aquí. (Empujando a Inocencio.) Anda, márchate, corre.

Rog. Sí, hijo, sí, márchate. (También le empuja.)

Lucio No, mejor será que se quede aquí, no vaya a encontrarlo en la escalera. Llevaremos a Eduardo al despacho. (Se va con Moyano por el centro.)

Inoc. (Se queda en pie enmedio de la escena con un billete en cada mano sin comprender lo que pasa.) ¡Pues señor, qué cosas más extrañas pasan en esta casa!...

ESCENA XVI

INOCENCIO y PETRITA

Pet. (Sale por la derecha.)

Inoc. ¡Señorita!...

Pet. ¿Qué le sucede, joven?

Inoc. Acabo de hablar con su papá.

Pet. (Alegre e interesada.) ¿Y qué?

Inoc. Ha dicho que no tiene inconveniente.

Pet. ¡Qué alegría!

Inoc. Y me ha dado cinco duros.

Pet. ¿Quién?

Inoc. Don Lucio.

Pet. ¿Don Lucio? Pero, ¿no dice usted que ha hablado con mi padre?

Inoc. Pues claro.

Pet. Don Lucio no es mi padre. Mi padre es don Eduardo Cabello, diputado.

Inoc. ¡Anda! ¡Y yo que le he telegrafiado a mamá diciéndole que me había enamorado de la hija de don Lucio!..

Pet. Precisamente mi papá viene.

Inoc. Pero ahora ya no me quedan ánimos...

Pet. ¿Animos? Usted no me quiere. (Gimoteando.)

Inoc. No llore usted; ¿dónde está su padre? (Resuelto.) Donde le pille, le hablo.

(Los dos se van por la derecha.)

ESCENA XVII

DON LUCIO, después DON EDUARDO y MOYANO

Lucio (Asoma la cabeza por el centro.) Se ha ido ya; grácias a Dios. (Alto.) Pasa, Eduardo, pasa.

Eduar. (Entra por el centro, hablando con Moyano.) Estuve en tu casa para saber si habías averiguado algo. Tienes la palabra.

Rog. (Azorado.) Pues nada hasta ahora, todas mis investigaciones han sido inútiles.

ESCENA XVIII

DICHOS y DOÑA VIRTUDES. Luego DON ANTON

Virt. (A don Eduardo.) Me alegro encontrarte. ¿Sabes quién es el padre?

Eduar. No. Rogelio no ha logrado averiguar algo.

Virt. Pues yo lo sé y te lo voy a decir.

Rog (A don Lucio.) ¡¡Lo sabe!!

Virt. Cuando lo diga, no lo creeréis.

Eduar. ¿Quién es?

Virt. Uno que pertenece a la familia.

Rog. (A don Lucio.) Ya lo ves, sabe que soy yo.

Lucio ¡¡O yo!!

Eduar. ¿A la familia?

Virt. ¡Sí, aquí le tenéis! (Va a la puerta izquierda y saca a don Antón avergonzado.)

Eduar. ¡¡Antón!!

Lucio ¿Este también? (Hace esfuerzos para no reir.)

Eduar. (Severo.) ¡¡Antón!! ¿Tú?

Virt. Sí, tras de negar mucho, lo ha confesado. ¿Qué os parece?

Lucio (Va hacia don Antón.) ¡Sinvergüenza!

Antón Oye, oye.

Lucio (Fingiendo indignación.) ¡Sí, sinvergüenza! ¡Me das asco! (Se va riendo al fondo.)

Rog. (También se acerca a don Antón.) Tiene razón Lucio; eres un sinvergüenza! (Se va riendo.)

Eduar. ¿Y el niño?

Rog. El niño ha muerto.
Eduar.
Virt. } ¡Muerto!
Rog. Sí, se ha reunido con sus hermanos.

ESCENA XIX

DICHOS e INOCENCIO

Inoc. (Por la derecha.) Perdonen ustedes.
Rog. (Aterrado.) Aquí está.
Lucio (Lívido.) Ahora se descubre todo.
Inoc. (Se acerca a don Lucio.) Me he equivocado: no es usted.
Lucio ¿No?
Rog. ¡Dios mío!
Inoc. (Buscando en torno suyo.) ¿El señor don Eduardo Cabello?
Eduar. (Extrañado.) Yo soy.
Inoc. (Va hacia él con los brazos abiertos.) ¡Alégrate, papaíto!... ¡Ya estoy aquí! (Le abraza.)
Rog. ¿Este también? (Se echa a reir.)
Lucio (Riéndose se ha caído de la silla y en el suelo se sujeta el vientre.)
Virt. Pero, Lucio, ¿qué haces?
Lucio Ya lo ves; Repullés, morirme de risa... (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

MARÍA y PAULITA

María (Asoma por la puerta del centro y va a la de la derecha.) ¡Señorita Paula!

Paul. (Saliendo por la derecha.) ¿Qué?

María Dígame, señorita, ¿qué ha hecho ese joven?

Paul. Que ha hecho, ¿quién?

María ¿Pues quién ha de ser? El novio de la señorita.

Paul. (Asustada.) ¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

María Pero ¿no sabe la señorita nada?

Paul. (Impaciente.) No, ¿qué?

María Pues que le han plantado en la calle.

Paul. ¿A quién? ¿Quién?

María Su papá y su tío; así como lo oye la señorita.

Paul. ¿Al señorito Rafael?

María No, al señorito Rafael, no; al señorito Inocencio.

Paul. Muy bien hecho; ¡me alegro!

ESCENA II

DICHAS y PETRA

Pet. (Entra por el centro.)

Paul. (Saliéndole al encuentro,) Petra, ¿no sabes? Ya me lo han quitado de encima?

Pet. ¿A quién?

Paul. Al borreguito, al paleto: papá lo ha puesto de patitas en la calle.

Pet. (Asustada.) ¿Y por qué?

María No lo sé; lo que sé es que fué rodando las escaleras.

Pet. ¡Ay, Dios mío! ¿Y se ha hecho daño?

María No; solamente se dió un golpe en cierto sitio al sentarse en el último descansillo! ¡Pobrecito! ¡Un muchacho tan bueno, tan simpático, tan sencillote.

Pet. (Conteniendo las lágrimas.) ¿Verdad que sí?

María Cuando iba rodando por las escaleras se le cayeron dos billetes de a cinco duros, y me los ha regalado. ¡Ah! ¡Sí, es un corazón de oro!

Pet. (Rompiendo a llorar.) ¡Por eso le quiero yo tanto!...

María
Paul. } (Se miran muy asombradas.)

María ¡Ah! ¡La señorita!

Paul. Pero, Petra, ¡nunca me dijiste nada!...

María (A Petra.) Pues no sabe usted, señorita, lo furioso que estaba su papá. Mi señorita apenas podía detenerle en su furia.

Pet. ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy!

Paul. Chica, consuélate conmigo; a mi tampoco me permiten que me case con Rafael. (Se echa a llorar también.)

María (Llorando también escandalosamente.) Señoritas, no me hagan ustedes de llorar ..

ESCENA III

DICHAS e INOCENCIO

Inoc. (Entrando por el centro con un maletín de viaje en la mano, asoma la cabeza; se queda asombrado viendo llorar al grupo. También empieza a gimotear y saca su pañuelo de hierbas.) Señoritas, las acompaño en el sentimiento...

Pet. (A Inocencio.) ¡Inocentito! ¡Usted! Pero ¿qué le ha pasado?

Inoc. Pues ya lo ve .. Yo quería hacerle una buena impresión a su papá, y la impresión me la hizo a mí él. Todavía me parece estar sintiendo sus dedos en el cogote. Perdone que se lo diga, pero ¡tiene usted un papá

con unos modales tan brutos! Yo fuí a abrazarle, y él empezó a retorcerme el cogote.

Pet. ¡Pobrecito! ¿Le hizo mucho daño?

Inoc. En el cogote, no; un poco más abajo; porque tiene una puntera tan dura en las botas...

Pet. ¿Le pegó en el pecho?

Inoc. No; más abajo y por detrás.

Paul. ¡Pobre chico! (A Inocencio.) Pero ¿por qué no se sienta usted?

Inoc. De ninguna manera, ¡ay! no.

Pet. ¿Y se va usted?

Inoc. Sí, señorita, me voy a Guadalajara; y aunque aquí he encontrado mi desgracia, quise despedirme...

Paul. (Hace señas a María de que deben irse para dejar a Inocencio solo con Petra. Las dos salen de puntillas por el centro.)

Inoc. (Se queda mirando un momento a Petra y lanza un ¡ay! muy agudo.) ¡Adiós, señorita! Ya no la volveré a ver. (Se echa a llorar.)

Pet. (Lanza otro ¡ay! tan agudo,) ¡Adiós, joven!

Inoc. ¡Soy muy desgraciado!

Pet. ¡Y yo!

Inoc. (Gimoteando.) ¡Adiós felicidad, ilusión, alegría, encanto, primavera, bizcocho borracho!...

Pet. ¡Adiós, joven; usted se lleva mi corazón!

Inoc. (Mueve el maletín como por casualidad y suena el timbre de un despertador.) ¡Usted se queda con el mío!

Pet. ¡Su recuerdo me seguirá hasta la tumba!

Inoc. ¡La muerte me sorprenderá pensando en usted!

Pet. (Cayendo con la cara entre las manos.)

Inoc. (Va hacia ella y se pone de rodillas delante, dejando el maletín en el suelo.) ¡Petra! ¡Petrita! Yo le juro que nunca querré a otra. (Coge un pedazo de vestido y empieza a besarlo.)

ESCENA IV

DICHOS y DON LUCIO

Lucio (Entrando por el centro sorprende la escena.) ¡Repullés! ¡Repullés! ¡Repullés!

Pet. (Se marcha corriendo por la derecha.)

Lucio ¡Repullés! ¡Repullés! ¡Repullés! ¡Repullés! (Avanza amenazador hacia Inocencio, que se va retirando miedoso.) Joven, ¿te has propuesto rodar otra vez las escaleras? ¿Qué haces aquí?

Inoc. Ya lo ve usted.

Lucio Sí, ya lo he visto, y te veo y no te veo.

Inoc. Como usted quiera.

Lucio ¿No te he echado ya de mi casa?

Inoc. Sí, señor; por cierto que eso no es estar muy bien educado...

Lucio ¡No seas descarado!

Inoc. (Enfadado.) ¿Por qué me habla usted de tú?

Lucio ¡Mira el personaje! A ver si quieres que te dé usía.

Inoc. Usted no tiene ninguna confianza conmigo.

Lucio ¿Te parece que encima de estar raptando a las señoritas que encuentras en esta casa y de llamar a don Eduardo Cabello papaíto...

Inoc. Sí, señor; le llamé papaíto, porque yo querría ser su hijo político.

Lucio ¿Cómo? (Asombradísimo.) ¿Casarte con la hija del señor Cabello? (Aparte.) ¡Está loco! (Alto.) ¿Pero tú sabes quién es ese señor? Es un caballero muy decente y muy distinguido, es diputado...

Inoc. ¡Y qué! El mío también es digno, y muy distinguido.

Lucio ¡Ah! Sí, eso sí.

Inoc. Y no crea usted que desisto. Yo he de hablar con el señor Cabello.

Lucio ¿Cómo? Eso no lo harás, porque te lo prohibo yo.

Inoc. Quisiera yo saber quién era usted para prohibirme nada.

(Se oye hablar a doña Virtudes entre bastidores.)

Lucio ¡Repullés! ¡Mi mujer! Es preciso que no te encuentre.

Inoc. ¿Y por qué no?

Lucio ¡Hombre, qué preguntas tienes! Te digo que no quiero que te vea. (Le empuja por la izquierda, le mete dentro, le tira el maletín y cierra la puerta.)

ESCENA V

DON LUCIO y DOÑA VIRTUDES

Virt. (Entrando por el centro.) Lucio, tengo que hablar contigo.

Lucio (Muy amable.) ¿Qué quieres, pimpollo?

Virt. Vengo de casa de Eduardo; está como loco, y lo que yo siento es que haya pasado en casa. ¿Pero quién era ese muchacho?

Lucio (Aparte.) ¡Repullés!

Virt. Pero ¿por qué le dijo «alégrate, papaíto»?

Lucio Manías, ya ves tú, manías; a todos les dice lo mismo; a mí también.

Virt. ¡A ti también!

Lucio (Cada vez más azorado.) Sí, si ya te digo, manías, manías de chico. El busca un padre; madre ya tiene, un poco... así... ¿sabes? pero madre al fin. Lo que le falta es el padre, y el chico, pues claro, trata de encontrarlo. Como vió que Eduardo tiene cara de padre, pues se dijo: éste es mi padre. El querer tener padre es una aspiración legítima, porque casi todo el mundo lo tiene. ¿Verdad? No hay que criticarle por eso.

Virt. Pero, bueno, ¿cómo vino a casa?

Lucio Mira, esto es tan claro como el sol. (Aparte.) ¿Qué le diré? Iba yo por la calle arriba, y... de repente, así, ¿sabes? de repente, sin que yo le esperase, oigo una voz de mujer que me dice...

María (Asomando por el centro.) ¡Señorito! ¡Señorito!

Lucio (Prosiguiendo.) Eso, eso me dijo.

Virt. Adelante.

Lucio (Prosiguiendo.) Ya, ya voy. Como te digo: iba por la calle arriba y me dijo...

María Señorito, ¿quiere usted bajar?

Lucio ¿Quiere usted bajar?

Virt. A ti te dicen.

Lucio Sí, a mí.

Virt. Pero es ahora.

Lucio ¡Ah! Sí, ahora.

Virt. Al despacho, que te llaman.

Lucio ¡Ah! Sí. (Aparte.) ¡Repullés! ¡Gracias a Dios que me sacan del apuro! (Alto.) Bueno, pim-

pollo, subo en seguida para acabar de contarte... (Se marcha seguido de María.)

Virt. (Escamada.) Este Lucio tiene algún misterio, le pasa algo, está muy agitado. La presencia de ese chico parece estar relacionada... (Se oye golpear la puerta de la izquierda.) Parece que llaman. (Se repiten los golpes.) ¡Adelante! (Más golpes.) ¡Adelante!

Inoc. (Entre bastidores.) Sí, adelante; pero abra usted la puerta.

(Doña Virtudes va a la puerta izquierda y abre.)

ESCENA VI

DOÑA VIRTUDES, INOCENCIO y luego DON LUCIO

Inoc. (Saliendo por la izquierda con el maletín.)

Virt. (Asombrada.) ¿Usted? ¿Qué busca usted? ¿Cómo vino usted? ¿Por qué vino usted? ¿Quién es usted?

Inoc. Inocencio Cebarrón, para servir a usted.

Virt. ¡Cebarrón! ¿El hijo de doña Matilde?

Inoc. El mismo.

Virt. (Muy amable.) Le esperaba desde ayer. Siéntese usted.

Inoc. No, señora, muchas gracias.

Virt. ¿Por qué no? ¿Tiene usted tanta prisa?

Inoc. No, señora; tengo otra cosa.

Virt. (Reparando en el maletín.) ¿Acaba usted de llegar?

Inoc. No, señora; al contrario, me iba.

Virt. ¡Cómo! ¡De ninguna manera! Usted se queda en casa; aquí pasará usted unos días. (Le quita el maletín.)

Lucio (Entra por el centro, y al ver a su mujer con Inocencio.) ¡Repullés!

Virt. Lucio, ¿por qué no me has dicho antes quién era este joven?

Lucio (Asombrado.) ¿Lo sabes ya?

Virt. Naturalmente: si yo he sido quien le ha hecho venir.

Lucio (Cada vez más estupefacto.) ¿Quién, tú?

Virt. Naturalmente; la madre me ha escrito.

Lucio ¿También conoces a la madre?

Inoc. Ya se lo decía a usted yo, y también le dije que traía recuerdos de mi mamá, y usted me encierra en un cuarto...

Virt — Pero, Lucio, ¿cómo has hecho eso? Yo le prometí a la madre tratarle como a un hijo.

Inoc. — Y me han hecho rodar la escalera.

Virt. — Pero, Lucio, discúlpate al menos; no pongas esa cara de idiota.

Lucio — (Imbecil.) ¡Repullés! Si lo entiendo, que me ahorquen.

Virt. — (A Inocencio) Usted comerá con nosotros.

Inoc. — No, señora, muchas gracias.

Virt. — ¿Cómo que no? Sí, señor, usted se queda en casa, ¡no faltaba mas! Voy a decir que le arreglen su cuarto. (A don Lucio en voz baja.) Oye, debes estar amable con este muchacho...

Lucio — ¡Naturalmente!

Virt. — Perdóneme usted. Le dejo un momento con mi esposo. (Se marcha por el centro.)

Lucio — (A Inocencio, amenazador.) ¡Mira, so golfo, si no te vas ahora mismo...! ¡Largo!

Inoc. — Pero, señor...

Lucio — ¡No hay pero que valga. ¿Qué, quieres quedarte a vivir en mi casa? ¡Repullés! ¡No faltaba más que eso! ¡Fuera! ¡Largo!

Virt. — (Entra por la izquierda.) Ya estoy de vuelta.

Lucio — (Muy amable.) ¿Cómo no? ¡Pues no faltaba más! ¡Eso de ninguna manera; nos ofendería usted!

Virt. — ¿Qué? ¿qué pasa?

Lucio — Nada; que el joven está empeñado en marcharse.

Virt. — ¡No faltaría más!

Lucio — No faltaría más; ¡marcharse usted!

Inoc. — Señora...

Virt. — Nada, nada; usted se queda y trataremos de que esté usted lo más agradablemente posible. ¿No es verdad, Lucio?

Lucio — Eso le decía yo al instante...

María — (Entrando por el centro.) Señorita, una señora pregunta por usted.

Virt. — (A Inocencio.) Dispénseme un momento. Con mi marido no se aburrirá usted, porque nunca está más contento que cuando viene un invitado a casa; sobre todo si es joven como usted. (A Lucio.) ¿Quieres que te mande una copa de jerez? Pregúntale al señor lo que quiere tomar.

Lucio — ¡Ah, sí! ¿Qué le gusta a usted como aperiti-

vo? (Al desaparecer doña Virtudes cambia el tono, amable.) ¡Lo que te voy a ofrecer es una puntera si no te marchas volando!

Inoc. (Indignado.) ¡Caballero!

Lucio ¡Qué caballero ni qué niño muerto! ¡Que te largues te digo! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡A la calle!

Inoc. (Sale corriendo por la izquierda y le sigue don Lucio, amenazador.)

ESCENA VII

DOÑA VIRTUDES y DOÑA MATILDE, señora paleta con tipo de beata

Virt. ¡Vaya, vaya, qué sorpresa tan agradable! Siéntese, siéntese.

Mat. Gracias. (Se sienta.) Tiene usted que disimular si vengo a molestar; pero mi niño me telegrafió que había visto a Paulita y que estaba enamorado.

Virt. ¿Es posible? Yo no sé nada. Se habrán visto cuando yo no estaba en casa.

Mat Y a usted ¿qué le parece el chico?

Virt. ¡Ah! Un muchacho muy simpático. Mi marido, sobre todo, está encantado con él.

Mat. ¡Ah! ¿Sí? Pues Jesús ha venido también. Se ha quedado en la fonda y me ha dicho que vendría a saludarles.

Virt. ¿También? Pues muy bien. Entonces esta noche cenarán ustedes en casa.

Mat. ¡Qué amable! ¿Y dice usted que su marido...?

Virt. ¿Qué?

Mat. Digo que su esposo ¿encuentra al chico bien?

Virt. Pues ya lo creo. Ya casi le considera como su hijo.

Mat. A su marido hace muchos años que no le veo, y no sé si él se acordará de mí.

Virt. ¡Ah! ¿Usted conoce a Lucio?

Mat. (Riendo.) Sí, pero ya hace muchos años. Era yo muy joven, cuando fuimos presentados en una boda. Sí, muy joven. Recuerdo que después de cenar se cantó y se bailó, y yo canté unas canciones que eran del repertorio de una tiple de aquella época. ¡Ay, tiempos que ya se fueron!

Virt. ¡Ah! Sí, seguramente que se acuerda...

ESCENA VIII

LOS MISMOS y DON LUCIO

Lucio (Entrando por el centro.) Bueno, ¡lo que es éste no vuelve otra vez!

Virt. Aquí está Lucio. (A don Lucio.) ¡Lucio! (Indicándole a Matilde.) ¿Conoce a esta señora?

Lucio (Mirando a Matilde.) No, no tengo el gusto.

Virt. Pero, hombre, fíjate bien.

Lucio (Aparte.) ¿Quién será?

Mat. Pues yo le he reconocido en seguida.

Virt. ¿No te acuerdas?

Lucio No, no me acuerdo.

Mat. Es claro, han pasado veinticinco años.

Lucio ¡Veinticinco años!

Virt. Vamos, ¿no te acuerdas cuando esta señora cantaba canciones?...

Lucio ¿Que cantaba canciones dices? (Aparte.) ¡Repullés! (Alto.) No es posible.

Mat. Sí, sí es posible. Yo soy. En fin debo haber cambiado mucho. Le perdono su falta de memoria por la buena acogida que ha hecho a mi hijo.

Lucio (Sin comprender, estupefacto.) ¿De qué hijo se trata?

Virt. Pero, hombre, ¡si acabas de hablar con él!

Lucio ¿Cómo? ¿Qué? Usted es....

Virt. (Indicando a Matilde.) La madre.

Lucio (Aparte.) ¡¡¡Me caí; la Lili Lolo!!! Ya está la familia completa. (Imita la risa.) Vaya, vaya...

Virt. (A Matilde.) Ya ve usted qué alegre está de verla aquí. (A don Lucio.) ¡Tú no esperabas esta sorpresa! ¿Verdad?

Lucio No, digo, sí; yo ya me lo espero todo.

Virt. (A Matilde.) Me va usted a dispensar. Tengo que...

Mat. No faltaba más, vaya usted...

Virt. Vengo en seguida...

Mat. Aquí me quedo con su esposo. Recordaremos nuestra juventud. ¿Verdad, don Lucio? Voy a ver si se acuerda dónde me conoció...

Lucio (Bajo a Matilde.) Pssss... delante de mi mujer no.

Virt. Bien, hasta ahora... (Se marcha por el centro.)

Lucio Pero vamos a ver, ¿qué viene usted a hacer en esta casa?

Mat. (*Extrañada.*) ¡Como su esposa me ha convidado tantas veces!...

Lucio Sí, mi mujer está loca, loca de remate. Primero me trae a ese sinvergüenza de niño, y luego...

Mat. (*Muy ofendida.*) ¿Lo dice usted por mi hijo?

Lucio ¿Qué me importa su hijo?

Mat. Pero, ¿no le ha dicho su esposa?...

Lucio ¿Qué?

Mat. ¡Se trata del porvenir de los chicos!

Lucio Pero, ¿sé yo acaso con certeza que es hijo mío?

Mat. (*Asombrada.*) ¿Qué dice usted?

Lucio ¿Qué digo? Pues que a la hora presente ya somos tres padres, y si sigue así, pronto seremos muchos más.

Mat. (*Asombrada.*) Me deja usted hecha una pieza.

Lucio (*Aparte.*) ¡Buena pieza estás tú!

Mat. ¿Sospecha usted de una mujer que dedica su vida a velar por la moral?

Lucio ¡Ríase usted de los que velan por la moral! También Rogelio velaba, poniendo una a San Antonio y otra al diablo.

Mat. ¿Rogelio? No conozco a ese señor.

Lucio ¿Que no le conoce usted, eh? Pues para sacarle los cuartos bien le conocía...

Mat. (*Toda sofocada.*) Usted es un grosero; ahora mismo me marcho.

Lucio Sí, haría usted bien. Yo se lo aconsejo.

Mat. Caballero... (*Da muestras de estar muy nerviosa y como para sufrir un síncope.*)

Lucio Nada, nada de pamemas. A otro le puede usted engañar; pero a mí no.

Mat. (*Se levanta muy enojada.*) Caballero, ¡no me toque usted!

Lucio Vamos, vamos, te digo que nada de pamemas; márchate, márchate, que es lo mejor...

Mat. ¡Pero caballero! ¿Qué lenguaje se permite usted?

ESCENA IX

LOS MISMOS y ROGELIO MOYANO

Rog. (*Entrando por el centro.*) ¡Buenos días!

Mat. (*Aparte.*) Gracias a Dios que viene alguien. Este hombre está loco.

Lucio (Al ver a Moyano.) ¡Ja, ja, ja! ¡Buena se va a armar! (A Moyano.) ¿Sabes quién es ésta?

Rog. (Se queda mirando a Matilde) No, no, no tengo una idea.

Lucio ¡Cómo! ¿No? Pero si es... (Le dice al oído.)

Rog. (Aterrado.) ¡Cómo! ¡No es posible!

Lucio Sí, sí; te digo que es ella.

Rog. (Se va hacia Matilde con los brazos abiertos y la abraza.)

Mat. (Gritando.) Pero, ¡caballero! ¡Ay, Dios mío, me he metido en una casa de locos! ¡Socorro, socorro! (Se va corriendo por el centro.)

(Don Lucio y Moyano se quedan mirándose asombrados.)

Rog. Oye, ¿has visto qué mal le ha sentado el abrazo? ¡qué cara ha puesto!

Lucio Sí, sí; ha cambiado mucho.

Rog. Pero, ¿has visto cuántos gritos pega ahora por un abrazo? Y ¿cómo ha venido aquí?

Lucio ¿Qué quieres? Resulta que es amiga de mi mujer...

Rog. Vamos; no gastes bromas...

Lucio Lo que oyes, y pertenece a la Asociación de la Persecución del pecado.

Rog. ¡Querrás decir para la protección!

Lucio Te digo lo que es.

Rog. Y ¿sabe tu mujer?

Lucio Ella es la que la ha traído.

Rog. Yo no me explico esto...

ESCENA X

LOS MISMOS y DON ANTÓN

Antón (Entrando por el centro.) ¡Hola, hola!

Lucio
Rog. } ¡Hola, corruptor!

Antón (A Lucio.) Esta vez no podrás quejarte. Todo está solucionado.

Lucio ¡Ah! ¿Sí?

Rog. Si supiera éste...

Antón Yo me he confesado único culpable y el niño ha muerto.

Lucio Pues no, te equivocas, el niño no ha muerto; está muy vivo, muy sano y muy satisfecho.

Rog. Y su mamá también está muy sana, y se encuentra aquí.

Antón ¿Quién?

Lucio Tu amor, hombre, tu amor.

Antón ¿Quién? ¿La Lili Loló?

Lucio La misma. Ahora mismo ha salido de aquí como alma que lleva el diablo.

Antón Pero, ¿es esa señora que me he encontrado en el portal? Iba como loca.

Rog. Esa, la misma.

Antón (Asombrado.) ¿Esa vieja tan fea?

Lucio Sí, la verdad; yo creía que tenías mejor gusto.

Antón (Furioso.) Oye, ya me he cansado de esta comedia. Búscate otro padre.

ESCENA XI

LOS MISMOS, y luego DON JESÚS e INOCENCIO

Jesús (Tipo de provinciano enriquecido, trayendo de la mano a Inocencio.) Entra, entra; no tengas miedo. Yo voy a decirles a estos caballeros...

Lucio ¡Ya está aquí otra vez ese golfo!

Rog. Y, ¿con quién viene?

Jesús Disculpen ustedes. Deseo hablar con el señor Pejols.

Lucio Servidor.

Jesús Diga usted, caballero, ¿cómo se atreve usted a tratar a este joven como lo ha hecho? Esto necesita una explicación.

Lucio ¿Y a usted qué le importa?

Jesús Permítame usted. ¿Usted no sabe quién soy yo?

Lucio No, ni quiero.

Jesús Yo soy Jesús Cebarrón.

Lucio Muy señor mío. Y, ¿qué tiene usted que ver con ese joven?

Jesús (Con énfasis.) ¡Yo soy su padre!

Lucio, Antón, Rog. (Se echan a reir a grandes carcajadas.)

Rog. (Riéndose.) Otro, otro, otro...

Lucio Otro que ha pagado cien pesetas...

Rog. (Riéndose.) Ya somos cuatro...

Lucio (Riéndose también.) ¿Quién será el verdadero?

Jesús ¿Me quieren ustedes decir qué significa esto?

Lucio Pero, ¡hombre de Dios! (Haciendo ademán de soltar dinero.) ¡Usted también!

Jesús ¿Qué es eso?

Lucio (Indicando a Inocencio y con el mismo ademán de dar dinero.) A su madre.

Jesús ¿Qué?

Lucio No, no se avergüence de que le hayan tomado de primo. Yo también lo he sido.

Rog. (Con el mismo ademán.) Y yo...

Jesús Señores, ¡yo no permito que se hable así de mi mujer!

Rog. (Se ríe a carcajadas.)

Lucio (Riéndose.) Este idiota ha cargado con ella.

Rog. Ha sido más estúpido que yo.

ESCENA XII

LOS MISMOS y DOÑA VIRTUDES

Virt. (Entra por el centro y va hacia don Jesús muy amable.) ¡Qué sorpresa! ¿Usted por aquí? Desde que es usted millonario no quiere nada con los pobres.

Lucio (A Moyano.) ¡Millonario! ¡Pescó a un millonario! ¡No, si lista lo era!

Virt. Ya sabíamos que usted vendría. En la mesa hablaremos de todo.

Jesús ¡No; ni cenaremos... ni hablaremos!

Virt. ¡Ah, sí, es cosa acordada con su esposa!

Jesús No, señora, ahora mismo me voy con mi hijo.

Lucio (Poniéndose entre Moyano y don Antón.) Poco a poco, no diga usted tan orgulloso ¡mi hijo! Otros hay que pueden decir otro tanto.

Jesús ¿Cómo? ¿Qué? (Se va hacia él amenazador.)

Lucio Sí, sí, le digo que hay otros que pueden llamarle hijo con el mismo derecho que usted. Por mi parte, puede usted llevárselo; pero yo no sé si éstos tendran algo que oponer. (A Moyano y a Miranda.) ¿Qué hacéis con ese chico?

Virt. (Indignada contra su esposo.) Pero, Lucio, ¿estás loco? ¿Cómo te comportas con el padre del novio de nuestra hija?

Lucio (Estupefacto.) ¡Cómo! Pero, ¿pensabas casar a

la chica con ese? ¡Repullés! Como para pegarse un tiro en el cielo de la boca!

Jesús — No, no se suba usted a la parra. Yo nunca habría consentido ese noviazgo.

Lucio — Ni yo.

Inoc. — Ni yo.

Lucio — Pues estamos todos de acuerdo.

Virt. — (Fuera de sí.) ¡Esto es horrible! ¿Qué dirán las gentes? ¿Qué dirán las señoras de la Protección a las madres a quienes había participado la futura boda de mi hija?...

Lucio — ¡A las protectoras de las madres! ¡Pues sí que adelantas tú los acontecimientos!

ESCENA XIII

LOS MISMOS, DON EDUARDO y DOÑA MATILDE. Luego PAULA y PETRA

Virt. — (Fingiendo serenidad y muy amable.) ¡Ya está usted de vuelta!

Mat. — (Muy fría y muy grave.) Poco a poco, señora...

Eduar. — Me veo obligado con harto sentimiento a volver a esta casa para reprobar a usted (A don Lucio.) la poco parlamentaria conducta que ha observado con esta señora, a la que tanto tiene que agradecerle la moral de Guadalajara!

Lucio — (Riéndose.) Pero, ¡hombre! ¿Usted conoce a esta... señora?

Eduar. — ¡Desde mi juventud! Su casa era la mía.

Lucio — Sí, eso ya lo sabíamos; a todos nos pasó lo mismo.

Eduar. — ¡Cómo! El padre de esta señora fué alcalde de Guadalajara muchos años.

Lucio — (Echándose las manos a la cabeza.) ¡Repullés!

Rog. — Pero, ¿qué te pasa?

Antón — ¿Qué ocurre?

Lucio — Pues que no es ella; que hemos metido la pata hasta el corvejón.

Rog. — ¡Buena la hemos hecho! ¡Y yo que la he abrazado! Entonces, ¿tu mujer no sabía nada?

Lucio — ¡Ya lo ves que no!

Virt. — (A don Lucio.) Pero, ¿me quieres explicar porqué has sido tan grosero con esa señora?

Antón Toma, pues porque creyó que era la Lilí Loló.

Virt. ¿Quién?

Antón Una amiguita suya.

Virt. ¡Cómo! ¡Lucio! ¿Una concubina tuya?

Lucio (A don Antón.) ¡Ahora sí que lo has arreglado todo!

Virt. (Desplomándose en una silla.) ¡Dios mío! ¡No me faltaba más que esto!

Inoc. (Que ha pasado la escena hablando con Petra, avanza.) ¡Señor Cabello!...

Eduar. (Aparte.) ¿Otra vez este estúpido?

Mat. Es mi hijo.

Eduar. (Muy amable.) ¿Su hijo? ¡Hombre, qué simpáco chico, qué buen mozo tiene usted! (A Inocencio.) Pero, ¿por qué me llamaba usted papaíto?

Inoc. Porque quiero ser su hijo político.

(Admiración general.)

Eduar. ¡Mi hijo político! Usted quiere...

Inoc. Casarme con su hija.

Mat. Pero, niño, no me telegrafiaste...

Inoc. Fué una equivocación; yo estoy enamorado de la hija del señor Cabello y si no hay oposición...

Eduar. Por mi parte, no.

Virt. ¡Qué vergüenza!

ESCENA ULTIMA

LOS MISMOS, luego MARÍA y RAFAEL

María (Entrando por el centro y anunciando.) El señor Telechea.

Virt. ¡Me lo envía el cielo!

Lucio ¿Para qué?

Virt. No hay otro remedio. Lo casamos con Paula.

Raf. (Se va hacia don Lucio.) Don Lucio...

Lucio ¡Hombre! ¿Qué don Lucio? Llámeme usted futuro suegro.

Raf. ¡Futuro suegro! (Toma a Paula de la mano.) Al fin, ¿consiente usted?

Lucio ¡Naturalmente!

Raf. (A doña Virtudes.) ¿Y usted, señora?

Virt. ¡Con mil amores! ¡Querido yerno!

Lucio (En voz baja a su mujer.) Antes una pregunta importante: (A Telechea.) ¿Ahora supongo que mi pleito con Ribalta?...

Raf. Lo ha ganado usted. Era de justicia, y seguramente que todo el mundo aplaudirá cómo termina este asunto. (Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas